

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

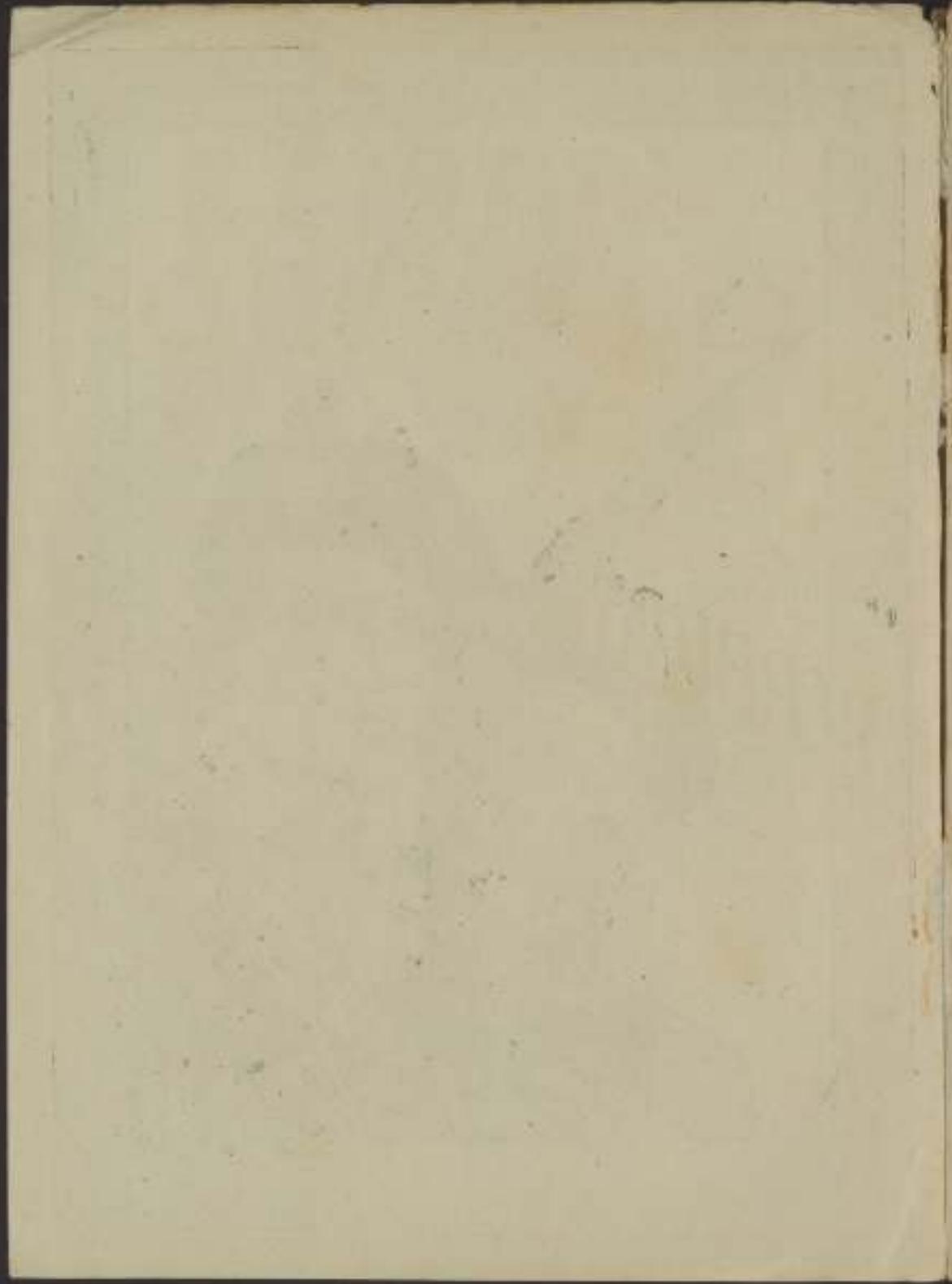
MARIA ESTUARDO

Katharine
HEPBURN

SERIE
ALFA



editorial *alas*





María
Estuardo

Reservados los derechos de
edición y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS y SALA, L. S.
Valencia, 214 - Teléfono 79657
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbora, 14, Barcelona - Tetuan, 17, Madrid

EDITORIAL

"ALFA"



AÑO XVI

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

SERIE ★ ALFA

NUM. 58

NUM. 267

MARIA ESTUARDO

Con el breve resplandor de los astros errantes, María Estuardo e Isabel de Tudor iluminaron el hosco celaje norteño de dos poderosas naciones durante la segunda mitad del siglo XVI. Empeñadas en guerra cruenta y sin cuartel mientras vivieron, yacen hoy en vecinas sepulturas en la Abadía de Westminster...

Arreglo cinematográfico de la obra teatral de
MAXWELL ANDERSON

Productor: PANDRO S. BERMAN

Producción RADIO PICTURES (RKO)

Sucursales:

Madrid
Bilbao
Sevilla
Valencia
Las Palmas
Palma de Mallorca
Porto



Distribuida en España por

RADIO FILMS

Paseo de Gracia, 76 - BARCELONA

INTERPRETES PRINCIPALES

Maria Estuardo.	KATHARINE HEPBURN
Isabel de Tudor.	FLORENCE ELDRIDGE
Lord Darnley.	DOUGLAS WALTON
Lord Throckmorton.	ALAN MOWBRAY
Randolph	Ralph Forbes

Directores artísticos:

Van Nest Poiglese
y Carrol Clark

Fotógrafo:

Joseph H. Auguse

Cinematurgo:

Dudley Nichols

Vestuario a cargo de

Walter Plunkett

Director:

John Ford

Narración literaria de
FERNANDO DE SILVA



MARIA ESTUARDO

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELICULA

EL RETORNO A LA PATRIA

INGLATERRA. A mediados del siglo XVI.

En los áusteros y ampulosos salones de Palacio, aguardan los palaciegos, entre rumores y peseos impacientes, sea llegada la hora de rendir acatamiento a su Augusta Majestad Isabel de Tudor. El esplendor de la corte se muestra en toda su ostentosa fastuidad. Profusión de gorgueras encañonadas; ricos casacones con traucol y vueltas de pieles; sayos adornados de trepas y losanjes; dagas en vainadas en terciopelo; jubones y sayos con profusión de cuchilladas y abofellados; voluminosas luchuguilas; las bellas damas lucen con donaire firmalies, zarcillos, collares y manijas con profusión,

Más potente que el murmullo y bisbiseo del salón, se alza tonante una voz que anuncia:

—¡Su Augusta y poderosa Majestad, Isabel de Inglaterra, por la gracia de Dios!

Cesan los murmullos y cunde la expectación en el nutrido salón. Dibújase a lo lejos el anchuroso pasillo, la silueta tosca y ceñuda de Isabel de Tudor. Su Augusta Majestad, contrariada y adusta, atraviesa el salón entre las reverencias versallescas de la corte y con voz imperiosa, más que decir, rezañga:

—¡Throckmorton! ¡Randolph!

Y sin dar tiempo a que éstos inicien sus pasos hacia ella, vuelve a insistir:

—¡Animaros, señores! ¿Echasteis raíces en el suelo?

Síguenla intranquilos los lores, y una vez aposentados en el ademañado salón, Randolph se atreve a insinuar:

—¿Desagrado algo a Vuestra Majestad?

Su Augusta Majestad responde colérica:

—Decidlo vos, Throckmorton.

—María Estuardo salió de Francia con rumbo a Escocia—comunica con gravedad Throckmorton.

—¿Qué hacemos?—inquire nerviosa su Augusta Majestad.

—¿Le dió Vuestra Majestad salvoconducto para viajar?—pregunta de nuevo Randolph.

—¡No! ¡Menosprecio a mi embajador... se niega a reconocermé Reina de Inglaterra! ¡Ahora nos muestra sus intenciones a las claras.

Y después de una pausa angustiosa, inquire de nuevo:

—¿Y si llega a desembarcar?

—Pondría en peligro en Trono de Vuestra Majestad—responde uno de los lores—, pues que es heredera legítima de Enrique VIII. Fuerza es reconocer su derecho a suceder a Vuestra Majestad.

—¡Jamás se lo reconoceré yo!

Throckmorton, diplomático y sentencioso, habla de nuevo:

—Faltaría a mi deber si no expusiese los hechos a Vuestra Majestad... Hecho es que... ante Europa, Vuestra Majestad es una usurpadora del Trono de Inglaterra, ya que el matrimonio de vuestro padre, Enrique VIII, con vuestra madre, Ana Bolena, no fué reconocido.

—Ya sé que me dicen ilegítima—interrumpe Su Majestad—. Seguid.

—En circunstancias tales, no puedo permitirse que María Estuardo desembarque en Escocia... Del trono escocés pasaría luego al vuestro...

Su Augusta Majestad titubea un momento en expresar su verdadero pensamiento, pero impulsiva, exclama:

—¡Hay que aprehenderla en alta mar!

La voz agorera de Throckmorton vuelve a oírse:

—¿Lo haría un barco inglés? Acto tal ofendería a Francia, a toda Europa.

—¿Acaso no ondea uno de mis capitanes la bandera negra cuando le place, pese a mis edictos?—responde Isabel de Tudor.

Randolph no necesita escuchar más. Decidido, demanda el permiso real para ausentarse a cumplir la

orden que encubren las palabras de Su Augusta Majestad.

Poco éxito obtuvieron las maniobras en alta mar, pues que sólo lograron capturar una de las naves que escoltaban el velero en que dirigíase a Escocia la Reina María Estuardo, y así, a primeras horas de la noche, un vigía divisa a lo lejos del inmenso océano, cómo acercándose lentamente las naves que con impaciencia se aguardan.

—¡Ya llegan! ¡Ya llegan!—exclama emocionado el vigía.

Un majestuoso velero escocés fondea en las costas de Leith. De él desciende emocionada, digna, rebotando esperanzas de feliz y austera regencia, la Reina de Escocia, María Estuardo. Apenas sus chapines de gruesa suela pisan tierra escocesa, María Estuardo se postra de rodillas y elevando sus ojos al Altísimo, murmura:

—¡Gracias, Padre Celestial, por vuestra ayuda, que así me traó una vez más a mi país natal! ¡Confortad mi corazón, guíad mis pasos en esta tierra mía y ayudadme a regirla con piedad y discernimiento!

Largos años estuvo alejada de la patria querida por ajenas ambiciones que deteníanla en país extranjero, pero llegada fué la hora en que, libre de extrañas presiones, decli-

dió su regreso a la Patria querida, en donde había de comenzar para ella una vida entregada por completo a la austera regencia del Trono que había le hecho abandonar en su infancia. Poco recuerda María Estuardo del solar patrio, pues que de él sólo conserva como la impresión de un dulce sueño que se remonta a sus primeros años, aunque conservó latente a través del tiempo el cariño hacia su país natal.

Con el semblante apacible, reflejo de ternuras infinitas que anidan en su interior, María Estuardo dirige aborta su mirada hacia el infinito y piensa en el futuro de su amada Escocia.

En el castillo de Holyrood, en Edimburgo, hállase reunido, atareado en hondas discusiones, el Consejo de Estado presidido por el regente Moray.

Un mensajero, jinete en brioso corcel que allana las distancias espolado por el ímpetu impaciente de comunicar nuevas alarmantes, llega al castillo de Holyrood. Apenas atravesado el umbral del recinto donde hállanse reunidos los nobles, exclama sin aliento, fatigado por el largo trayecto recorrido y dirigiéndose al regente Moray:

—¡Vuestra hermana María viene camino de Edimburgo!

—¡Vos deliráis!—exclama Moray, incrédulo.

—¡La vi! Desembarcó en Leith. Ya pronto llegará aquí.

Entre los nobles promuévese cierta confusión; hácese mil comentarios diversos y alguno, más cínico y idcuaz, exclama:

—Aquí acaba vuestra regencia, Moray... ¡Hondo vais a caer!

Alentada por estas voces, otra atrévese a decir:

—Nunca más gobernaréis a Escocia.

Y movidos por la íntima seguridad del poder caído del regente, succédense las carcajadas. Otro, más avisado, propone:

—Mejor fuera que fuésemos a recibirla...

—¡No, esperadla aquí! Hagámonle creer que nos congregamos para darle la bienvenida—replica Moray.

Y con una mirada muy significativa, que acusa la traición de su juego, agrega:

—¿Me entendisteis?

Contempla Moray los signos de asentimiento de los nobles y satisfecho de haber sido interpretado, diceles como advertencia final:

—Recordad que en vos, señoras, se cifra el poder de Escocia. Y re-frenad vuestras lenguas...

Se dirige, entonces, hacia Ruthven y Morton, reconocidos que son como los más impulsivos y locuaces, y dice, restallando las palabras:

—Dejad hablar a Lethington... ¡Oído bien vos, Ruthven y Morton!

Jine e en blanco corcel y escoltada por fieles vasallos, hace su entrada silenciosa en el castillo de Holyrood la Reina María Estuardo. Detiénese en el patio del castillo, y a solas, contempla extasiada cuanto la rodea, como queriendo recordar tiempos pasados. Con gentil donaire y señorío desciende de su cabalgadura, en tanto que Moray acércase comedido hacia ella. María Estuardo mirale detenidamente y no tarda en exclamar:

—¡James Estuardo! Os he reconocido al instante.

—Y yo a vos, mi amada hermana—respóndelo Moray—. ¡Bienvenida seáis a Escocia, María! Temí por vos... Por suerte, cruzasteis el mar felizmente.

La Reina sonríe sin doblez y advierte:

—No tal, James, que nos persiguieron. Abordaron la nave que traía nuestros caballos...

—¿Os persiguieron los corsarios?

—Un corsario con feidas, según presumo.

Sonríese, suspicaz, la escolta de la Reina que percibe las últimas palabras de su Soberana que hacen recordarlos contratiempos acaecidos en alta mar.

Comprende Moray lo que significar quiere su Augusta hermana y asiente silencioso. Ofrécese, caballeresco, como apoyo a la Reina, quien, señorial y magnífica, inicia la subida de la majestuosa escalinata que conduce al interior del castillo. Va diciéndole Moray:

—Los nobles de Escocia os aguardan en el salón. ¿Querriais ir a verlos ahora mismo?

Percátase la Reina del efecto que su presencia ha de producir en aquellos que, tras largos años de ausencia, difícil les será reconocerla, y contesta:

—¡Triste figura he de brindarles luego de tantos años!

Deteniéndose un momento, la Reina María contempla el rostro de su hermano que recuerda lejanos tiempos de su niñez y le dice:

—¿Recordáis nuestra infancia, James? ¡Cómo os admiraba yo entonces y me guiaba por vuestro ejemplo! Nada habéis cambiado desde entonces.

Prosiguen su marcha los dos hermanos y se adentran en el castillo. Acompañada de Moray, María Es-

tuardo aparece en el dintel del salón donde hállanse los noble reunidos. Un frío y ceremonioso saludo acoge a la Soberana, que dirige su vista en derredor, en busca de rostros amigos. Huntley, uno de los nobles que con más entusiasmo luchó tiempo atrás por la causa de María de Guisa, madre de María Estuardo, con que los nobles acogen a su Reina y queriendo demostrar el afecto que siempre le guió en pro de los Estuardo, inclínase ante su Soberana en señal de acatamiento, dando ejemplo a los demás nobles que, indiferentes, le secundan. María Estuardo, con íntima satisfacción y segura de sí misma, se dirige a ellos:

—Quiero daros gracias a todos por vuestra acogida, señores... Trece años estuve ausente, y si otros decidieron mi marcha, yo al menos decidí mi regreso. Me juzgaréis harito joven, quizás inexperta en demasía. Con vuestra ayuda, empero, y el buen consejo de Moray, aspiró a regir con equidad y justicia.

Y esto diciendo, tiende su diestra en señal de confianza y amistad hacia su hermano, que inclínase, humilde, y murmura:

—¡Gracias, Majestad!

Aposéntase en el Trono la Reina, y como corrigiendo el penoso silencio que en el salón impera, déjase

oír la voz engolada de Lethington.

—El nombre de vuestro padre, Estuardo, es amado y venerado en toda Escocia.

Con malicia villanesca, interrumpe Ruthven:

—¡Esperad, Lethington! ¿Está bien rendir homenaje a Su Majestad en presencia de extranjeros?

Todas las miradas quedan fijas en David Rizzio, italiano de origen, en quien la Reina tiene depositada toda su confianza, pues que de mucho sirvióle en distintas ocasiones sus sabios consejos y cuya fe inquebrantable concuerda sobriamente con los sentimientos religiosos de la Reina. Hállase Rizzio a la izquierda de su Soberana y al oír tan desmesurada afrenta, inicia una reverencia ante Su Majestad para alejarse del salón. Detiéndole con un ademán la Señora y ordena:

—Rizzio es mi secretario. Puede quedarse aquí. Proseguid, Lethington.

—Majestad, no hubo intento de ofrenda—discúlpase Lethington.

—Tal percibo. Proseguid.

—En nombre de los nobles de vuestro Reino, me honro en ofreceros nuestra fidelidad inalterable. Si bien hay diferencias que nos alejarán, no han de lograr dividirnos.

—¿Diferencias? ¿Qué diferencias

son esas?—interroga la Reina, sorprendida.

—Ninguna que no logre allanarse, Majestad.

—¿Qué diferencias, señores?

Lethington permanece silencioso mientras dirige una mirada acusadora a Rizzio.

—Lethington no aludió a cosa importante—intenta aclarar Morton.

Dirigese esta vez la Soberana a Moray preguntando.

—¿A qué aludía Lethington, James?

—Lo que dijo se refería a vuestra religión—contesta el hermano con fingida naturalidad.

—¿Y no es eso cosa importante? Mi religión es también la vuestra, James.

—Los tiempos cambian y la antigua fe decae—explica Moray—John Knox predica hoy la Reforma en Escocia.

—¿Habéis abrazado su secta?—pregunta temerosa la Reina.

—He obedecido a mi conciencia.

Condoliéndose, exclama la Reina:

—¡Ojalá tengáis eso que decís, James!

—En bien de vuestra causa y a fuer de regente, defendí vuestro Trono.

—¿Atacando lo que más venero?
—Aliándome con Knox... ¿Sabéis cuán ilimitada es su influencia?

—Si queréis que el pueblo os siga—interviene Ruthven—¡imitad a Moray! Tenéis el ejemplo de Isabel!

—¿Qué hizo Isabel?—demanda la Reina.

—Aunque nació en el seno de la vieja fe, supo desligarse a tiempo...

—¡No sigáis, Ruthven! ¡Mi religión no es vestido que se cambia al compás del tiempo!... ¡Sabedlo todos así! ¡Profesaré mi culto, como profesarán el suyo mis súbditos de Escocia, libremente!

Creyente y satisfecho, alza le voz Huntley:

—¡Bien hablasteis, Majestad!

—Vos, Huntley, ¿mudasteis de religión también?

—¡No, no! ¡Defenderé hasta morir vuestro derecho a seguir el culto que os plazca!

La Reina Maria sonríe bondadosa; percátase de la sinceridad de Huntley y le agradece su lealtad, tendiéndole la real mano, en prueba de afecto. Vuélvese luego hacia los caballeros y queriendo olvidar la desagradable impresión que hanle causado las palabras escuchadas, les dice:

—Demos de lado, por ahora, esto

asunto que tan poca importancia tiene... ¿Tenéis algo más que decirme, señoras?

—Hablemos de vuestro matrimonio—dicele Lethington—. Mucho vacilamos, pero ahora que habéis vuelto...

Con titubeos y vacilaciones, el diplomático Lethington trata de exponer a Su Majestad la conveniencia de que, a no tardar, debe esposarse con un noble escocés para la mayor seguridad del Trono de Escocia, pero no atrevese a exponer la idea con toda su crudeza, y Su Majestad le advierte:

—¿Por qué dais tantos rodeos, Lethington? Mi esposo, el Rey de Francia, murió teniendo yo dieciocho años. Soy libre y puedo casar, de desearlo.

—Es asunto muy delicado, Majestad...

—Celebro que lo reconozcáis.

—Es un paso muy grave. Si casarais con un extranjero, ¿qué sucedería aquí? En tanto no caséis con un escocés en quien podamos fiar, Escocia seguirá dividida. Cuanto desiramos, Majestad, es veros segura en el Trono.

—Sí, hermana—interrumpe Moray; en tanto no se sepa vuestra decisión, los nobles dormirán espada en mano.

—¿Y habéis elegido esposo?—demanda la Reina—. ¿Uno de vosotros, acaso?

Alborotados los nobles, respondenle presto:

—Sólo veneración por vos nos guió al elegir. Lord Darnley es un Estuardo y os sigue en derecho al Trono de Inglaterra. Casad con él y aseguraréis dos tronos.

—Pues que casé, mal puedo ocupar el Trono con honores de castidad, como mi prima Isabel de Inglaterra. Empero, ¿y si resuelvo no casarme?

Apresúrase Huntley a demostrarle su leal adhesión y exclama, en fiero reto a la expresión de descontento que se dibuja en el rostro de los restantes nobles:

—¿Cuanto hagáis lo mantendré con mi espada!

—Gracias, Huntley! Al menos, tengo aquí un amigo.

Entre los nobles pronúnciase el nombre del conde de Bothwell y Morton prorrumpe en estridente carcajada, que induce a la Reina a demandar la causa. Discúlpase Morton, y ante la insistencia de la Soberana, exclama:

—No quise ofenderos.

—¿Algo referente a Bothwell?—pregunta la Reina.

—Reía de algo que dijo referente a Vuestra Majestad...

—¿Y qué dijo de mí?

—Que Vuestra Majestad e Isabel, juntas, no completaban una mujer honesta.

—¿Y consentisteis que así vilipendiase mi nombre?

—No hay tal, Majestad. Ninguno de nosotros siente afecto por Bothwell.

—Dignaos no tomarlo en cuenta — apresúrase a exclamar Leithington.

—¿Lo tomaré en cuenta, así como cuantos insultos se me han dirigido so pretexto de vuestra bienvenida! ¡Harto claro veo el apoyo que puedo esperar de vos, de mi propio hermano! ¡Pues que sé lo que queréis, sé lo que quiero yo!

Y recordando pretéritos tiempos en que otras voluntades regían la suya propia, rebelase ante la tiranía en que hasta ahora ha vivido. Su deseo es obrar según sus propios impulsos, y así habrá de ser en lo sucesivo. Si ello no les place a los caballeros de la Corte, acostumbrados como estuvieron durante su ausencia a decidir según sus costumbres, deberán habituarse desde este preciso momento a la idea de que su Reina encuéntrase de nuevo entre ellos, para imponer su soberana voluntad. Sigue hablando la Reina, y advérteles:

—La ambición de otros me arras-

tró a Francia y me unió a un pobre moribundo al que a poco hicieron Rey... Nadie pidió mi parecer... ¡Aquello acabó ya! ¡Ahora he de vivir como me cuadre! ¡Seré fiel a lo que soy María Estuardo!

Muy digna, majestuosa, abandonó el salón y se dirige hacia sus aposentos acompañada por Rizzio. Allí, alejada de todos, a solas con su fiel secretario, que nada se atreve a decir por no acrecentar sinsabores, María Estuardo sabe de las amarguras del desengaño. Su clara y sutil imaginación entrevé las chances del enemigo oculto que interpondrá a sus deseos de feliz y austera regencia...

No bien la Reina María ha abandonado el salón, confabúlanse los nobles en vista de la actitud retardadora y terminante de la Reina, y Ruthven exclama:

—Reinará tan sólo si a ello le ayudamos.

—Contará con nuestro favor hasta cierto punto... ¡Reinará en tanto se lo permitamos! —prosiguió Moray.

Pero Huntley, siempre adicto a su Soberana, tórnase contra todos ellos y exclama:

—¡Es nuestra Reina, y Reina seguirá siendo!

—¡Otro tanto digo, Huntley! —respóndele Moray.

—¡También nosotros!—exclaman Ruthven y Morton.

—Ni trono ni Escocia quedarán en pie si nos dividimos—vuelve a prevenir Huntley.

—¿Quién va a imponérsele? —pregunta Morton.

—¡Yo! —responde Moray—. ¡Aceptaré mi Consejo!

—¿Vais a constituirlos en primer ministro, Moray?—pregunta Ruthven.

—Sí, y con Lethington de consejero de Estado, ¿qué hay que temer?

—Seré un servidor leal, Moray —dicele Lethington.

—Bien podéis serlo —replica Ruthven—, pero, ¿quién nos apoyará a nosotros?

—¡Yo! —respóndeles Moray—. Contáis con mi promesa.

Y así queda constituido el nuevo Consejo que ha de apoyar en sus decisiones a la Reina de Escocia.

Al oír esta afirmación del antiguo regente Moray, los nobles que forman el Consejo y en especial Ruthven y Morton quedan satisfechos y alentados, pues que así no han de verse frustrados sus anhelos de libre gobierno y todos unidos proseguirán su labor que pareció interrumpir la llegada de la Reina María Estuardo. De esta forma, lo único que les resta conseguir es

que Moray logre obtener de la Reina se avenga y acate cuantas disposiciones propóngale el Consejo, ya que obligada se verá a ello, pues que poca resistencia le será dable oponer con la sola ayuda de Hurtleley.

Complacidos en esta idea, continúan sus argumentaciones los nobles escoceses que apoyan y acatan la voz dominante de Moray,

quien hace prevalecer su autoridad y continúa distribuyendo a su libre albedrío los nombramientos de los distintos consejeros, haciendo constar su decisión de que deben eludir en absoluto la intervención del conde de Bothwell.

Y bajo estos auspicios, queda constituido el nuevo Consejo que ha de apoyar en sus decisiones a la Reina de Escocia.

EL CONDE DE BOTHWELL

HALLASE María Estuardo retirada en sus aposentos y tras el ventanal austero eleva de nuevo la mirada hacia las alturas como recordando la plegaria pronunciada pocas horas antes, a su llegada a la Patria. ¡Cuán distinta ha sido, en verdad, la acogida que se le ha dispensado, a la que habiase imaginado! ¡Cuán difícil será gobernar entre celos y afrentas! ¿Sabrá conquistarse con justicia, con ternura, el amor de su pueblo? ¿O tal vez encontrará en los que ella creyó fieles vasallos la misma resistencia encontrada pocas horas antes agazapada en el ánimo de los caballeros?

El sentimiento del pueblo esco-

cos, el verdadero sentimiento de sus súbditos, parece querer responder a esta última pregunta que su Soberana acaba de formularse a sí misma, y una muchedumbre entusiasta, compuesta en su mayoría por aldeanos, romancescos por natural instinto, se adentra en el patio del castillo de Helyrood, para testimoniar con sus cantos henchidos de amor-patriótico, su veneración a la Augusta María Estuardo, Reina de Escocia.

Los improvisadores cantores se han detenido en el patio del castillo bajo el ventanal donde divisase a la Reina María, y los cánticos de los aldeanos se repiten, fervientes:

*Por larga y dura que la lucha sea
al claro sonar de la gaita guerrera
de aldea en aldea
¡todos por la Reina,
al grito de Estuardo,
daremos la vida!
Cadenas no han de detenernos
ni al yugo inglés cederemos.
¡Libre Escocia ha de vivir!*

Contrita y emocionada, tórñase María Estuardo hacia Rizzio y exclama:

—¡Y hace un instante apenas, quise huir de aquí! Todo y todos parecían odiarme. Ahora... ¡ahora sé que al fin he de vencer!

En medio de la algazara y vocerío de la muchedumbre, una figura tocada con sayal severo y lenguas barbas yérguese en la escalinata del patio del castillo, donde el pueblo rinde pleitesía a su Soberana, y con ademán enérgico que desconcierta a todos, se dirige a la multitud:

—Rendid pleitesía a la perversa mesalina de Francia que hasta el aire nos corrompe! ¡Es una Estuardo, sí, por parte de su padre! Pero, ¿quién era su madre? ¡Una francesa, María de Guisa! ¡Durante su regencia llevaron a George Wishart a la hoguera, por hereje! ¿Y cuál fué su herejía? ¡Predicar el credo de la Re-

forma! ¡Un credo de sabiduría y de gloria!

Al oírse las palabras oiradas del monje, han cesado los cánticos y la muchedumbre contempla con curiosidad al que así interrumpe su alborozo y sus festejos. En medio del más profundo silencio, deja oírse de nuevo la voz del monje:

—¿Vino María Estuardo a Escocia cuando reinaba en Francia? ¡No, no! ¡Entonces vivía sumida en los abismos de la concupiscencia! ¡Ahora, cuando el hado la arranca del trono del pecado, y sólo ahora, recuerda que hay otra joya en su corona! ¡Esa joya es Escocia! ¡Tiempo es ya de que elijamos entre la fe verdadera de Escocia y la mesalina de Francia!

Atónito y callado quédase el improvisado auditorio; empero, destácase entonces la figura de un gallardo y aguerrido escocés, en cuya desenvoltura y ademanes puede apreciarse el aplomo de un vigoroso vencedor, y cuya semejanza recuerda el batallar de gloriosas hordas de antaño con herrumbroso son de armaduras. Harto claramente demuestra su descontento por las palabras del monje, a quien intenta hacer enmudecer y reprende:

—¡Maese Knox!

—¡Los escoceses sabemos quién

luchó por su madre!—continúa, iracundo, John Knox.

—¡Sí, y aun recordamos quién luchó contra ella!—respondele, irónico y risueño, el aguerrido escocés.

—¡Burlaos, pero no lograréis hacerme callar! ¡Diré lo que vengo a decir, que ni rango ni poder han de arredrarme!

—¡Ni lo intento, que locura fuera querer callar a diez mil trompetas! Pero acompañaré vuestra música con otra mejor.

Y diciéndolo, hace signo a sus soldados para que penetren en el patio del castillo.

Iniciase presto la entrada triunfal de un ejército de gaiteros que entona un himno guerrero y marcial. Intenta de nuevo maese Knox atraerse la atención de la multitud allí congregada, pero el estruendo armonioso de ensordecedoras palabras que pretenden ser escuchadas. Al melodioso son de las gaitas mézclanse los cánticos renovados de los cantores y el vocear y las risas que promueve la figura exaltada del monje, que sigue lanzando inútilmente anatemas que se pierden en el espacio, para dar cabida al son placentero del himno que entonan las gaitas guerreras del conde de Bothwell.

La Reina, que ha presenciado lo ocurrido desde el ventanal de sus

apostentos en que hallábase asomada, vase presurosa al encuentro de Knox, quien contéplala con fiera mirada y aire de reto, sin disimular el descontento que la presencia de la Reina María le causa y sin mostrar acatamiento alguno a la figura de la augusta señora.

Ya conoce María Estuardo la gran influencia que sobre algunos sectores del pueblo ejerce la elocuencia de John Knox y harto claro ha podido apreciar por la escena que momentos antes tuvo lugar en la entrada del castillo, que es uno de sus más terribles enemigos. Pero incapaz de tomar represalias que la actitud del monje merece, con su habitual sinceridad se dirige a Knox, al que intenta atraerse con dulzura.

Al distinguir cercanas una a otra las figuras de la Reina María y el monje, el conde de Bothwell ordena silencio a sus gaiteros y dirigiéndose con presteza hasta donde hallase su Soberana, le pregunta:

—¿Deseáis que os libre de la presencia de este jumento?

—Deseo hablar con él—respondele la Reina.

Y acercándose a John Knox dilele:

—¿Queréis pasar, maestro Knox? ¿Qué podéis temer aquí?—añade al notar su indecisión.

Dirigense ambos hacia el interior

del castillo y, una vez dentro, habla la Reina María:

—Miradme bien... ¿Me creéis tan perversa como decís?

—¿No traéis a Escocia la fe de que renegamos, la fe de Satanás?

—¿Es crimen venerar la fe de nuestros padres?

—¡Sólo hay una fe verdadera y la predico yo!

—¡Predicadla, maese Knox, y dejadme seguir a mí con la mía! Cierro es que venero la religión de mi madre; empero, respeto la vuestra, y os daré tanta libertad como para mí misma exijo.

—Decidme que sois sincera...

—Sed vos tolerante... ¡Necesito el amor de mi pueblo, su ayuda! ¡Y vuestra ayuda, vuestra amistad!

—Bien oísteis lo que dije al pueblo.

—Oí el reto del que otros soberanos llamarían traidor y castigarían como a tal.

—Os llamé mesalina de Francia y vuelvo a llamaroslo.

—Creo en vuestra sinceridad y sólo os pido que creáis en la mía. ¿No podríamos ser amigos?

—¡He dicho cuanto vine a decir!

Al oír tales palabras, el conde de Bothwell, que no lejos de allí ha podido percibir íntegro el diálogo cruzado entre la Augusta María Estuar-

do y maese Knox, ya agotada su paciencia, exclama:

—¡Voto va! ¡Cuánta insolencia! Y amenazador, dirígese hacia el monje, que retirase presto.

María Estuardo permanece indecisa unos momentos reflexionando sobre las palabras pronunciadas por John Knox. Pocas horas van transcurridas desde su llegada a Escocia y ya debió enfrentarse con arduos problemas; al primer desengaño sufrido ante la actitud de los nobles, ha de sumar ahora este otro que más le atormenta, porque no han sabido dar crédito a su sinceridad.

A su lado murmura la voz del conde de Bothwell:

—No basta amor para regir aquí.

—No podí vuestro parecer—respondele, contrariada, la señora.

—Altiva sois... ¡Sólo siempre vuestra Majestad! ¡Coronaos de fuerza y sea el terror vuestro centro!

Muy a pesar suyo, siéntese atraída la Reina por la bizarria del conde y no queriendo dar por terminada la conversación, pregunta:

—¿Sois capitán de mi guardia?

—No, que hoy llegué a Edimburgo.

—Idos y volved cuando sepáis refrenar vuestra lengua.

—Eso jamás lo lograré, Majes-

tad. Bien veo que Moray os habló de mí.

—¿De vos?—pregunta la Reina, entre curiosa y despectiva—. Presumis demasiado.

—La presunción me cuadra bien, María Estuardo.

—¿Quién sois vos?

—Bien oísteis mis gaitas guerreras. Su son debió deciros que Bothwell andaba cerca.

—Sois, pues, el conde de Bothwell...

—Al servicio de Vuestra Majestad.

Recuérdase la Señora del incidente acaecido poco antes con Morton y con nuevo y marcado interés pregunta:

—¿Dijisteis que Isabel de Tudor y yo no completábamos una mujer honesta?

—¡Oh, no! Dije que ambas, fundidas en una, no valían por una mujer digna de tal nombre. Eso fué hace años, cuando os ví en Francia, tan estuálida.

El conde de Bothwell queda silencioso unos momentos, mientras contempla el rostro sereno y la galanura de la Soberana que hácenle exclamar:

—Hoy ya no lo diría...

Plácenle a Su Augusta Majestad la franca rudeza del soldado, y díceselo así:

—Veo que sois franco, mi señor Bothwell.

—Es otro rasgo que me cuadra, ¡Vos no querréis que os lisonjee! Pues que confesé, perdonadme.

Sonríese la Señora en demostración de otorgado perdón y, cumplida, agradece al conde la lealtad con que éste peleó antaño por su madre, María de Guisa:

—Peleasteis por mi madre. Os lo agradezco.

—No me lo agradezcáis. Fué un placer.

—Aquí hallé muchos enemigos... ¿Habré hallado ahora un amigo?

—Sólo sabréis quien es vuestro amigo poniéndole a prueba.

—Hoy he de menester de más ayuda aún que mi madre...

—Lo sé, y por eso vine, al saber que Moray y los nobles se reunieron... para recibiros.

—¿Vinisteis a aliaros con ellos?

—¡Bah! ¿Dónde están?

—Formando mi Consejo, en el salón.

Renuévale el conde su fiel adhesión y la Augusta Señora ve partir al conde de Bothwell complacida en su franca lealtad y viril apostura, al par que alentada por la íntima convicción de que en él ha hallado un verdadero amigo... o quizá algo más que no atreve a confesarse a sí misma.

En el salón del Consejo hállanse reunidos los nobles que, presididos por Moray, discuten sobre las medidas a seguir en el futuro, dada la posición de la Reina que no aviénesse a seguir sus consejos, sino a obrar y decretar según su voluntad. Sugiere Moray la conveniencia de no dar cabida en el Consejo al conde de Bothwell, a quien saben adicto a los Estuardos, y sin darle tiempo a que termine de exponer su idea, penetra en el salón el propio Bothwell, que, divertido al ver la sorpresa con que su presencia es acogida por los nobles, prorrumpe en carcajadas que intranquilizan aún más a los reunidos.

—¿Bothwell! — exclama Morton— ¿Dónde estabais?

—En el campo, Morton, ahorcando a unos vasallos vuestros— responde el conde sin dejar de reír al ver el gesto de asombro que dibújase en el rostro de todos— ¿Os repartisteis ya los despojos?

—Estamos formando el Consejo — responde Ruthven.

—Vos, Moray, seréis primer ministro— sigue hablando Bothwell.

—¡Naturalmente!

—Y vos, Morton, ministro de Estado... ¿O lo es Ruthven, acaso?

—¡No, Lethington! — responde Ruthven.

—¿Y quién va a ser teniente de la Guardia de Su Majestad?— pregunta entonces Morton.

—¡Os equivocáis, señores!— dice Bothwell sin dejar de sonreír— Yo estaré al frente de las armas de Su Majestad.

—¡No lo consentiremos, Bothwell!

—Tardó llegáis. Ya acepté el nombramiento. ¡Me nombró Su Majestad la Reina!

Muéstranse disgustados los consejeros, aunque forzados son a reconocer el nombramiento de su enemigo Bothwell, y acátanlo con hipocresía, más por temor a la daga certera del torvo soldado, que al deseo manifiesto de María Estuardo.

ISABEL DE TUDOR

EN el castillo de Inglaterra, Isabel de Tudor muéstrase impaciente por la tardanza de Randolph, enviado en misión especial a Escocia para testimoniar a María Estuardo, en nombre de la Reina Isabel, su contento por el feliz regreso de la Soberana de Escocia. Hállase Isabel platicando con el favorito Leicester, que conduélese de haber perdido el favor real, que tórnase hacia Randolph.

—¿Estáis celoso de Randolph, Leicester?—pregúntale Isabel.

—¿Acaso no le confiáis las misiones más importantes? Antaño me acariciaba el sol del favor real...

—Habláis cual si fueseis un pez en un estanque.

—De sobra sabéis que desgarráis mi corazón cuando de él desviáis vuestra mirada...

No equivocóse Leicester al quejarse del desvío de Isabel, pues que cuando Randolph llegó a la Corte, dispensóle Isabel una tierna acogida, que convirtiése en pesadumbre al serle comunicada la gracia y galanura con que sabe atraerse a los nobles María Estuardo. Inquiere Isabel sobre la veracidad de la fascinación y belleza de María Estuardo que ha cundido por doquier, y por no desagradarla Randolph, no atrévese a formular respuesta alguna y entrega a Isabel una miniatura de María Estuardo de que es portador, como prueba de afecto que la Reina de Escocia envía a la Reina

de Inglaterra. Contempla Isabel la miniatura y contéplase a sí misma. Disgustada por la visible diferencia de rostros, hácele decir la envidia:

—Una mujer... sin nada de reina. Decidme la verdad, ¿cómo es?

—Seductora por demás, Vuestra Majestad. Tiene ya numerosos pretendientes, entre ellos Lord Darnley.

—¿Darnley? ¡Otra espina en mi corona! Apocado y borrachín...

Lord Darnley, el noble escocés que había solicitado la mano de la Reina María Estuardo, era el legítimo heredero de la Corona de Inglaterra, después de María Estuardo.

Al aconsejar los nobles escoceses a la Reina María su unión con lord Darnley, hacíanlos guiados, no por el deseo, como ellos afirmaban, de asegurar los dos tronos de Escocia e Inglaterra, sino porque el carácter tímido, irregular y fácilmente influenciado de Darnley, representaba para ellos un arma muy eficaz para el logro de sus planes.

Empero, de efectuarse la unión de María Estuardo con Lord Darnley, podía temer Isabel, con doble motivo, por la seguridad de su reinado. Así opinaba Isabel y los consejeros ingleses que, después de larga deliberación, aconsejaron a la Reina al qua, como medida preven-

tiva y aprovechándose de la carencia de personalidad de Darnley, podían simular ofrecerle la sucesión del trono de Inglaterra, a condición de que abandonase Escocia, lo que impedía que lord Darnley siguiese pretendiendo a la mano de María Estuardo.

Randolph trata de disuadir a la Reina de pesimismo y dice:

—Tal unión la impedirá al conde de Bothwell a quien la Reina María ha confiado sus ejércitos. El ha impuesto orden en un mes y es ahora el campeón de ella. Fácil es de ver que la ama.

—¿Esperáis que me tranquilice ver a Bothwell cerca de ella? — replicó la Reina.

—Es una criatura llena de amor y no debéis temerle—prosigue Randolph—. Atrae a los nobles a fuerza de cariño y gentileza.

La Reina Isabel que percátase al punto del entusiasmo con que habla Randolph de su prima María, grita iracunda:

—¿Como os atrajo a vos, Randolph! Nunca más volveréis al Norte. Throckmorton, vos sois un hombre de hielo... ¿Vos iréis de embajador a Escocia?...

Y la Reina Isabel exclama desconcertada:

—¿Darnley! ¡Bothwell! ¿Estará escrito que nunca tendré paz?

—Hay que derrotarla—exclama uno de los lores—. ¡Declarémosle la guerra! ¡Unámos a Escocia con Inglaterra!

—¡Una guerra! ¿Es cuanto sabéis los hombres, guerrear? Así, unificaríamos a Escocia contra Inglaterra... ¡Una Escocia unificada de María Estuardo!

Throckmorton exclama, como si pronunciase una sentencia en forma de pregunta:

—¿Cómo entonces podremos derrotarla?

No responde Isabel, que ha quedado ensimismada en sus propios pensamientos, y a los pocos instantes murmura entre dientes:

—¿Sabéis qué es ser heredera ilegítima de un trono? ¿Lo que es tener sangre real en las venas y sentir frustrarse un sueño de poder? ¿Lo que es la llama de la ambición?...

Pero conoce Isabel las intenciones de Moray, que pretende a toda costa volver a ocupar la regencia de Escocia, y después de una larga entrevista que sostiene con lord Throckmorton, le hace portador de una misión secreta que tendrá que cumplir cerca de Moray, en calidad de embajador.

En el castillo de Holyrood, Rizzio trata de convencer a María Estuardo de la conveniencia de que,

para la mayor consolidación del trono, debe efectuarse su unión con Darnley. Protesta la Reina, demandando a Rizzio si es la religión de de Bothwell lo que hace desecharle como pretendiente a la mano real y respóndele Rizzio:

—Bothwell carece de religión. Sólo cree en la espada.

—Tanto mejor, pues que así hace más por mí que vuestra música y vuestros consejos.

—Sólo deseo servirlos fielmente—responde Rizzio.

—Sois tan fanático a vuestro modo, como John Knox... ¿A quién amáis, a mí o a mi religión?

—A ninguna de las dos traicionaré.

—¿Iminuáis que lo haría yo?

—Vos representáis aquí nuestra fe... ¿Qué será de ella si casáis con un hereje?

—¿Aludis a Bothwell?

—A él sería preferible el propio Darnley. Al menos, pertenece a nuestra fe.

—¿Para qué necesito casarme?

—Para dar a la Corona un heredero e imponeros a esos lores insolentes y burlones.

—Vuestra lealtad es más tiranía que la deslealtad de ellos, David.

—No insisto a casaros con un escocés. Buscad-esposo en Europa. Allí está vuestro destino.

—Mi destino está aquí, en Escocia.

Transcurridos unos instantes, vuelve a preguntar la Reina:

—¿Con quién me casaréis, David?

Rizzio enumérale la lista de reinos pretendientes: Don Carlos, de España; el Archiduque de Austria; el Rey de Suecia; el Rey de Dinamarca; el Duque de Anjou; el Príncipe de Condé; el Duque de Ferrara; el de Orleans...

Ninguno de los nombrados halla buena acogida en la Señora, que a medida que va nombrándolos Rizzio, distráese en ir haciendo donaire de la condición de cada uno de ellos, lo que promueve las risas de las nobles damas que acompañando a la Reina hallárase en el aposento, y también el enojo de Rizzio, que decide abandonar la real compañía. Pésale a la Señora el no haber conferido importancia al interés y buen fin que guían a Rizzio al hablar como lo hace y a la par que impídele se aleje, le dice:

—Perdonadme. No quise burlarme de vos. Tenéis razón. Me casaré... pero no con un noble de Europa.

—Con lord Darnley, entonces. No hay otro esposo aquí para vos. ¡Casad con él! ¡Os lo ruego!—insiste Rizzio.

Y la Señora, que hasta entonces no ha querido ceder a la Reina las prerrogativas de mujer enamorada, destrózase el corazón con propias reconvenções que hácenle reconocer como más necesario y perentorio su deber de Reina, y como secundarios sus sentimientos de mujer. Y así, llevando a cabo el supremo sacrificio de su vida, y haciendo un esfuerzo inaudito que oprímela la respiración, murmura:

—Así sea, David. Casaré con mi primo Darnley.

—¿Hablaís en serio?—pregunta sorprendida una de las damas.

—Sí, muy en serio.

Y como en sueños, con amargura intensa, sigue hablando la Reina:

—Todo llega a su fin para mí... Todo ha acabado ya... Presentí que así había de ser... Buscad a Darnley. Se lo diré yo misma.

En tanto que esto sucede, en los aposentos de Su Majestad, aguarda abajo impaciente, ser recibido por la Reina, el propio Darnley, Su porte, atildado en demasía, promueve las risitas burlonas de las damas de palacio, que compáranle con la bizarra figura del conde de Bothwell, que en un ángulo del aposento espera también le sea concedida una entrevista con Su Majestad.

—¡Ah, las cuatro hermosas sin par!—saluda a las damas Darnley.

—Cinco, milord, puesto que vos llegasteis—respóndele la más atrevida.

—Veo que alabáis mi buen rostro y donaire... ¿No voy a lograr aún ver a Su Majestad?

—La veréis cuando se digne veros, milord.

El conde de Bothwell acércase hacia el grupo que forman las bellas damas y lord Darnley, y demanda nuevamente con impaciencia por Su Majestad.

—Está con el embajador de Inglaterra y ordenó que nadie la interrumpa—respóndele una bella dama.

—Tampoco a mí me recibe, Bothwell—dícele Darnley—. Y estas damas no parecen gustar de mí.

Poca, o ninguna, es la atención que Bothwell presta a las palabras y a la propia figura de Darnley. Entretiénese calentando sus manos al calor del hogar, y pasados unos momentos, ya impaciente, levanta la voz y pregunta:

—¿Cuánto más tengo que esperar?

—Habláis como amo y señor—dícele Darnley.

—De ser yo tal, Throckmorton no estaría aquí. Dicen que os prometió la sucesión del trono de Inglaterra si salís de Escocia...

—¿Tenéis envidia, Bothwell?

—Al contrario; me parece una idea excelente.

Molesto Darnley por las risitas continuadas de las damas que celebran la rudeza de que hace gala Bothwell, acentuada cuando a él se dirige, exclama:

—Esperaré abajo a que me llame Su Majestad.

—No os vayáis por mí—dícele irónico Bothwell.

—¿No me voy por vos, caballero?

Apenas Darnley abandona el salón, las cuatro damas dejan oír de nuevo la grácil entonación de sus risas, que hace preguntar a Bothwell:

—¿Reís también de mí a espaldas mías?

—No; que no es prudente reírse de un bárbaro—respóndele la más atrevida.

Y de nuevo, inquieto, elevando la voz, repite Bothwell:

—¿Avisad a Su Majestad!

Ocupada se halla la Augusta Señora en delicada entrevista con el embajador de Inglaterra, lord Throckmorton, con el que habla:

—Una hora, lord Throckmorton, lleváis dando rodeos... ¿Qué quiere Isabel? Una vez y otra me brindáis su amistad. También yo le brindo la mía. Nos unen lazos de sangre, y eso es más aun que amistad, pero,

¿es posible la amistad sin franqueza? Sed franco, ¿qué quiere Isabel?

—Dejadle elegir su esposo y os reconocerá como heredera de su trono.

—A su trono me dió derecho el destino, quíralo ella o no. Para nada necesito su reconocimiento.

—Mi Reina sólo quiere asegurarse de que no amenazáis a su trono.

—¿Y tiene ya esposo en miertes para mí?

—Mencionó un nombre... El conde de Leicester.

—¿Tuvo la audacia de mencionar al conde de Leicester?

—A nadie estima tanto como a Leicester.

—¡Y bien lo ha probado ante toda Inglaterra! ¡Me cede sus despojos, para así escarnirme ante el mundo entero!

Enójase la Señora y habla enérgica y decidida:

—¡Yo os diré algo que calláis! ¡Jamás dió paso mi prima Isabel que no trascendiese a política! ¡Teme que me una con aquél que me sigue en derecho a la sucesión del trono inglés, lord Darnley!

—¡Pura imaginación!—trata de interrumpir Throckmorton.

Prosigue, empero, la Señora:

—No nací para la política, ¡pero a ella he de dedicarme! ¡Sólo así

podré mantener el derecho a mi lo y las prerrogativas de mi nombre! Ahora sabéis ya lo que me propongo.

—Os ruego que no adoptéis decisiones temerarias... —presiona Throckmorton.

Pero, majestuosa y firme, finaliza la entrevista María Estuardo:

—¡Idos ya! ¡Volveos a la Corte de Isabel y decidle cuanto he dicho!

Luego de larga espera, penetra Bothwell en los aposentos de la Señora con ímpetu y brío propios de su condición.

Intenta disimular su estado angustioso la Señora y dicele:

—¿Imagínais ser un huracán?

Impulsivo y nervioso, contesta: Bothwell.

—¡Eso soy cuando mi amada me huye!

—¿Es así como me aludís en público?

—¡Yo nada sé de modales cortesanos! ¡Soldado soy y como tal os amo!

—¿Olvidáis que soy vuestra Reina?

—¿Cuándo lo olvidé? Recordad vos más bien que sois mujer.

—¡No os permito hablarme así!

—¡Sí que lo permitiréis! ¡Sabéis que os amo, y lo sabéis ya el día que me conocisteis!

Esfuérase la Reina, en quien la mujer enamorada lucha en pugna

con el regio personaje encarnado en ella, y adquiriendo desusado valor que la voz del deber le presta, logra pronunciar:

—¡Retíraos! ¡Lo mando!

Más fuerte el amor que su tosco impulso de rebelión, pregunta intranquilo Bothwell:

—¿Qué se hizo de vos, María? Tembláis... Decís ser Reina... ¡sedlo!

La voz entrecortada y el semblante descompuesto, contéstale María Estuardo:

—¿Y qué otra cosa intento ser? Dejádme...

—¿Para que os caséis con otro? No he de hacer tal.

—Voy a casar con lord Darnley.

—¡Perdisteis la razón! ¡No he de consentiroslo! ¡Os amo!

—¡No tenéis derecho a amarme!

—¡No finjáis desvío! ¡Días recuerdo en que me hablaban de amor vuestros ojos, toda vos!... ¡No finjáis, María!

—¡Estoy resuelta! ¡Me casaré con lord Darnley!

—Decidme que le amáis, y me retiraré... ¡No podéis decirlo!

Las fuerzas parecen abandonar a la cuitada Reina, que necesita de toda su entereza para exclamar:

—¡Si puedo decirlo! ¡Le amo!

Desvanécese la última esperanza en el semblante de Bothwell, que, herido en lo más íntimo de su ser,

comunica a la Reina su firme decisión de abandonar para siempre el país, retándola a que siga gobernando sin el poder vencedor de sus armas.

Aun angustiada por el injusto desdén del conde, María Estuardo termina de cumplir el deber que se ha impuesto, comunicando ella misma a lord Darnley su decisión de concederle la regia y augusta mano. Házcele el noble mil protestas de amor y fidelidad, y cúmplese así el sacrificio de una mujer que supo interponer a sus propios sentimientos la consolidación de un trono en beneficio de su pueblo.

Días después, efectuada la boda de María Estuardo con lord Darnley, reúnese el Consejo bajo la presidencia de Su Majestad María Estuardo, y a instancias de los consejeros, Moray habla así a la Reina:

—Mi amada hermana, nos duele vuestra falta aparente de confianza en el Consejo.

—¿Aparente? Decid manifiesta y seréis franco.

—Es deber nuestro decidir por vos, y el vuestro aceptar tales decisiones, pero preferís guiarnos por Rizzio.

—¿Pretendéis por ventura que prescindá de David? No he de hacer eso.

—Buono fuera que lo pensaseis.

bien... — interviene, imprudente, Ruthven.

—¿Pretendéis darme órdenes?

Corrige el diplomático Lethington la falta de tacto de Ruthven:

—¡No, no! Ruthven quiso decir...

—¡Sé lo que quiso decir! Dijo que soy una insensata, si bien no osó decirlo a las claras. ¡Insensata fui, sí, alejando de mí a Bothwell! ¡El era quien os sometía a todos! Yo creí reinar en Escocia, pero ora su poder el que me sostenía. Pero aun tengo a David... ¡No me arrebatáis Escocia en tanto él siga a mi lado! ¡Jamás le alejaré de mí!

—Podéis arrepentiros...—insiste de nuevo Ruthven.

—Vos, Ruthven, os arrepentiréis de vuestra insalencia. ¡El pueblo me ama y vos lo reconocéis con terror!

Penetra en aquel instante en el salón del Consejo el Rey consorte, lord Darnley, y al mirarle, distingue presto en su inseguro andar y en su voz y maneras que poco ha gustó las delicias del mosto en demasía, y con la incoherencia de quien no es dueño de sí mismo, habla:

—¿Aun seguís en Consejo, Moray? ¡Siempre hablando, hablando!

—Os retrasasteis — adviértele Moray.

—¡Ya no tomo órdenes de nadie! ¡Ahora soy el Rey! ¡Cierto que hay quien se niega a admitirlo!...

Y dirige incierta mirada a la Reina, que trata de no inmudarse. Convencido del nulo efecto que sus palabras han causado en el ánimo de la Señora, prosigue:

—¡Locura es fiar en una mujer! Casad con ella, y se torna en hielo. ¡Todas son iguales, incluso las Reinas! Llegan a no sufrirle a uno... Os tachan de borracho si suplicáis un beso... Creedlo, Moray; ¡de noche, hasta atrancan la puerta! Entretanto, suspiran por otro... quizá por alguien que fué a Francia...

Molesta por las palabras imprecisas de Darnley y admitiendo la inutilidad de una reconvencción, dado el estado de embriaguez en que hallase el Rey consorte, María Estuardo abandona la sala del Consejo y se dirige a sus aposentos, hasta donde siguela el incorregible borrachín, que trata, inútilmente, de forzar la entrada.

Abandonado que fué el salón por la Reina y lord Darnley, Ruthven propone comenzar presto a desarrollar sus planes, para lograr cuanto antes el fin que se han propuesto. De acuerdo todos, poco después, dos de los más insidiosos rodean a lord Darnley, y a la par que vier-

ten en los oídos del Rey falsas acusaciones que despiertan su suspicacia y excitan su ira, escancian el prodilecto néctar en la copa de plata, que el Monarca apura una y otra vez. Van surtiendo efecto las ponzoñosas palabras que destilan veneno, y el Rey, pensativo y rencoroso, acértase nuevamente la copa a los labios y bebe con largura.

En mal momento apareció Rizzio a demandar al Rey la firma de unos documentos. Sin prestar atención a lo que Rizzio le pide, y obsesionado por la idea que minutos antes había imbuido, preguntale Darnley:

—¿Dónde está mi esposa?

—Con sus damas, señor.

—Vos tenéis acceso a ella, ¿eh, Rizzio?

Y cuando David desaparece, vuelve a escuchar el Rey:

—¿Quién está siempre con ella? Día y noche, a solas... ¡Imponeos! Sed Rey de hecho como lo sois de derecho. ¡Probadle que no os falta valor!

Tambaleándose, y con voz colérica, exclama Darnley:

—¿Quién osa poner en duda mi valor?

Los dos nobles silencian la respuesta; pero mil veces más elocuentes, colocan encima de la mesa y ante los ojos atónitos del Rey, desenvainada, una daga de afilado acero.

¡MARIA ESTUARDO TIENE UN HIJO!

EN la alcoba de la Reina, y al resplandor indeciso de los feños que arden en el hogar, Rizzio entona una armoniosa melodía que acompáñase al dulce son del laúd.

*Mi vida está en el Norte,
mi corazón en el Sur.
En falso he jurado amores,
Sentí al besar con mis labios,
siempre unidos de la mano,
cara a la lluvia que ciega,
al correr de años que alejan,
del alma viejos amores.*

La Augusta Señora y sus damas escuchan arrobadas, y el romanticismo del ambiente toma cuerpo en la

imaginación de cada una, que lo transforma y crea según su sentir.

—¿Qué canción es ésta, David?
—demanda la Reina.

—Es una canción.... que compuse yo.

—Siempre está cantando esas necedades de amor — exclama una dama.

—¿Vos no amáis a nadie, Beaton?—pregúntale la Reina.

—A un soldado, sin un solo maravé.

—¿Por qué no casáis con él?

—¿Para vivir del aire?

—¡De lo que sea!—exclama la Reina convencida y pensando en la decisión que adoptaría ella, a no

ser Reina y de hallarse en las condiciones de Beaton.

Con nostálgica expresión contempla Rizzio la llama viva y clara de los leños.

—¿Qué vois en esas llamas, David?—demándole la Augusta Señora.—¿El sol de Italia? Queréis volver allí, ¿verdad? Vos sois mi único amigo... ¡y quieren alejaros de mí! Pero, sí; yo os ordeno iros, David, por vuestro propio bien, aunque no sé qué podré hacer sin vos.

—¿Por qué no llamáis a la Corte al conde de Bothwell?—interroga Rizzio.

Doliéndose de heridas aun no cicatrizadas, respóndele presto la Señora:

—¡No se hable más de Bothwell!

Cede una puerta a la presión forzada del Rey consorte, que aparece en el umbral, y contrariada, se apresura a decir la Reina:

—Deseo estar sola.

Darnley mira atentamente a Rizzio y luego a las damas que acompañan a la Reina, y con ironía demanda:

—¿Sola...?

Repentinamente, y con impulso inusitado, ábrense a la vez todas las puertas del aposento y aparecen, con las espadas desenvainadas, los nobles rebeldes que llevan como cabecilla a Ruthven.

La Reina alármase sobremanera al ver penetrar en su propia alcoba y sin haber demandado permiso alguno, a todos los nobles rebeldes con las espadas desnudas en la mano, pues harto claro es de ver que no vienen en son de paz, y con el poder que su autoridad le confiere, asombrada, pero energética, pregunta:

—¿Ruthven!... ¿Qué hacéis aquí?

—Digalo vuestro esposo—respóndele el interrogado.

Ruthven, decidido, dirígese hacia donde hállase David Rizzio, y con el semblante descompuesto, dirigiendo una fiera mirada al fiel secretario de la Reina, dice:

—¡Sólo queremos la vida del traidor!

—¿Traidor? ¡Mi único amigo!—respóndetes la Reina.

—¡Asaz buen amigo! El Rey lo sabe bien—repite Ruthven.

La Reina intenta salvar la vida de Rizzio e interpónese entre éste y Ruthven, cubriendo con su cuerpo el del desgraciado secretario, y dirigiéndose de nuevo a los nobles rebeldes, díceles:

—¡Idos de aquí! ¡Ay de aquel que ose atentar contra Rizzio!

—¡Cuando se sepa que le sorprendimos en vuestra alcoba!—le contesta Ruthven.

—¡Si David erró, jueces han de

condenarle, no asesinos! — exclama la Reina.

Pero de nada sirve la resistencia de la Soberana, pues David ha intentado huir por uno de los apartados salones del castillo y hasta allí van en su busca Ruthven y los que le siguen. David, atemorizado y convencido de que es llegada su hora, no cesa de clamar justicia; pero Ruthven no oye las súplicas que se le hacen, y va acercándose a Rizzio más y más, espada en mano. David Rizzio, como último recurso e intentando hacer reflexionar a Ruthven sobre el crimen que pretende cometer, muéstrale la sagrada cruz que ante el pecho lleva siempre consigo, y vuelve a exclamar:

—¡Justicia!

Pero Ruthven no atiende a las súplicas que se le hacen, y el cantor de amorosas frotas cae mortalmente herido.

La Reina, que desde su alcoba siente en su propio cuerpo la herida mortal que hanle inferido a David Rizzio, acércase a lord Darnley, quien parece entonces despertar a la realidad y hállase del todo desconcertado, y le acusa:

—¡Asesinasteis a David; destruyesteis mi honor, el vuestro! ¡Empañasteis el nombre del hijo que aguardáis!

—Sólo mantuve mis derechos... —replica azorado Darnley.

—¡Perdóneoslo Dios, que yo no he de perdonároslo!

De nuevo irrumpe en la alcoba de la Reina María el grupo de nobles capitaneados por Ruthven y Moray, y, al verles, exclama la Reina María:

—¿Sigo yo ahora a David?

—Nada habéis de temer, si obedecéis—replicale Ruthven.

—¡Nada he de temer si accedo a pasar por esposa infiel! ¡El pueblo, mi arma única, renegará de mí!

—conduélese la Reina.

—Antes de proseguir, firmad esto. Es el perdón real para todos nosotros.

—¡Jamás!

—¡Ha de morir si no lo firma! —amenaza Morton—. ¡Si no lo firma, moriremos nosotros!... Esto prueba su culpa. ¡Bothwell ha vuelto a Edimburgo! ¡Viene hacia aquí! Trae pocos hombres, pero alzará al país entero.

—No tendrá tiempo... ¡Abridle las puertas! Nos apostaremos en el patio y caeremos sobre él...—responde Ruthven.

Al oír estas palabras, María Estuardo, intentando salvar la vida al más fiel de sus guerreros, más que a sí misma, exclama:



—James Estuardo! Or he
reconocido al instante.



—¡Casad con él! ¡Os lo
ruego!



—¡Os amaré fielmente,
os defenderé!



—¡Es mi aguilucho... aun
sin alas!



—¡Ay de aquél que ose
atentar contra Rizzio!

—Solo sabréis quien es
vuestro amigo poniéndolo
a prueba!



La Augusta Reina de
Escocia, María Estuar-
do, heroína histórica.



El Teniente de la Guardia de Su Majestad la Reina, Conde de Bothwell.



—¿Traidor? ¡Mi único
amigo!



—Sombria o brillante
seguiré vuestra estrella,
María.



—¡No finjáis ignorancia!
¡Lo sabéis bien!

—¡Y yo os amo, María,
pero debéis salvar vuestro
Trono!



Fueron veinte días de
gloria... ¡Valieron por toda
una vida!



—¡Perdonadme, Señor, si
en el instante final de mi
existencia...

—¡No! ¡Esperad!... ¡Firmaré vuestro perdón!

Una vez conseguida la firma que pretenden, presto abandonan todos los aposentos de la Reina, y antes de dar tiempo a que les siga Darnley, María Estuardo le detiene y quédase los dos frente a frente. El pobre Darnley hállase contrito y desesperado y no atrevese a sostener la mirada acusadora de la Reina. Parecele que todo lo que está ocurriendo es como una pesadilla interminable, y comprende ahora cuál era la única intención que guiaba a los que calumniaron a la Reina y a David Rizzio. Viene a confirmar su pensamiento la voz de María Estuardo que le dice:

—¡Ved lo que hicisteis! ¡Asesinarán a Bothwell como asesinaron a David! ¡Se escudan tras de vos! ¿Cuánto más os tolerarán vivo cuando yo desaparezca? ¡Por que hicisteis eso!

—Por reconquistar vuestro amor —respondele Darnley.

Y en aquel momento, después de pronunciadas estas palabras, comprende Darnley que su indigna conducta sólo servirá para alejarle más y más de la regia esposa a quien ama. Pero María Estuardo, percatándose de la corteada de su esposo, sigue reconviéndole:

—¿Cuán ciego sois! Era parte de su intriga haceros comprender que yo os deshonraba... Cuando me hayan difamado ante el pueblo, ¿de qué les serviréis? ¿Qué se hará de vuestra corona? ¡Seréis su prisionero como lo soy yo ahora! ¡Seréis Rey mientras yo sea la Reina!

Queda un momento indecisa María Estuardo, y después, como iluminada por una feliz idea, acércase a Darnley y dilele:

—¡Aun podéis salvaros! ¡Podemos salvarnos ambos! ¡Ayudadme a huir!

—¡Me matarían!—responde, temeroso, Darnley.

—No, si huy conmigo. Los nobles huirán. Estareis a salvo...

Medita Darnley sobre lo que acaba de proponerle la Reina, y, esperanzado, imaginándose ganar así de nuevo el amor de María Estuardo, que perdió a causa de su vida disipada, pregunta con ansiedad:

—¿Y junto a vos, María? ¿Me perdonaréis?

—Juro no abandonaros jamás —respondele ella, convencida de que es lo único que puede asegurar, puesto que no es amor lo que les une.

Animado por esta promesa, Darnley sirvese de un ardor para burlar la vigilancia de la guardia que Ruth-

ven y Morton apostaran a la entrada de los aposentos reales, y los dos soberanos huyen del castillo.

Cuando Moray y los suyos se percatan de la huida de los soberanos, cunde el temor entre ellos. Morton, temeroso, pregunta:

—¿Se les unirá Huntley?

—Sí, y antes del amanecer les seguirán millares, nos perseguirán—va diciendo Moray.

—¡Yo me voy de Escocia!—exclama Morton.

—¡Y yo!—afirma Ruthven.

—¡Estamos perdidos!—se exclama Moray.

—¡Si algún día cae en mis manos Darnley...!—dice Ruthven.

Y temerosos, porque saben que dentro de pocas horas María Estuardo, con el apoyo de Bothwell y Huntley, logrará conquistarse la adhesión de todo el pueblo escocés, comprendiendo que ya han perdido toda posibilidad de sostenerse en el Poder, se dispersan y huyen de Escocia.

En el palacio real de Inglaterra, la Reina Isabel ofrece a la Corte ostentosas ceremonias palatinas, que llenan por completo su vida cuando, más confiada, decae en la insistencia de intrigas políticas. En el momento en que Throckmorton, portador de desagradables nuevas, pe-

netra en los regios salones, la Reina Isabel hállase feliz y despreocupada, en la grata compañía de Randolph, a quien honra ahora el favor real.

Las nuevas de que es portador Throckmorton revisten tal importancia, que atrevese a interrumpir bruscamente a Su Majestad y pronuncia en voz baja, en tono imperceptible para los demás, breves palabras que llegan a sobresaltar en extremo a Su Majestad, quien no puede contener un grito de asombro, y abandona precipitadamente los salones, en los que reina gran desconcierto al percatarse la Corte de que algo grave sucede a la Reina para que tal actitud adopte.

Alejada del bullicio del salón, en la regia cámara, Isabel cae abatida en un asiento y murmura para sí:

—¡María Estuardo tiene un hijo!
¡Y yo no tengo heredero directo!
¿Dónde está Moray?

—Desterrado, como los otros nobles que mataron a Rizzio—responde Throckmorton.

Isabel sigue hablando consigo misma y exclama:

—¡María Estuardo tiene un hijo!
¡He sido derrotada! ¡Derrotada!

Un año después, la alegría y el contento se advierten en el semblante de todos los moradores del

castillo de Holyrood. Es el cumpleaños del heredero del trono, y María Estuardo, que admira con orgullo a su pequeño hijo, que está llamado a regir más tarde el destino de Escocia o Inglaterra, exclama emocionada:

—Es mi aguilucho, aun sin alas...

La Reina sostiene en sus brazos amorosamente al tierno infante, y murmura:

—Será un hombrón y cuidará de mí cuando sea anciana!

No podía faltarle al pequeño James el presente de uno de los nobles que, siempre fiel a los Estuardo, con más fervor luchó por su causa; y así, el conde de Bothwell hace entrega al heredero, el día de su cumpleaños, del regalo que a su entender ha de serle más útil y agradable, y que no es otra cosa que una preciosa espada, que, como es de ver, resulta enorme para las manitas del tierno niño. Sonríese la Reina, condescendiente y comprensiva, y como sea que las damas advierten el enorme contraste que ofrece la pesada espada y las tiernas manitas del infante, ello las mueve a prorrumpir en carcajadas. Y diceles Bothwell:

—Cuando crezca, ¡bien ha de necesitarla!

Y dirigiéndose a María Estuardo, agrega:

—Era de vuestro padre. La traje de Inverness.

—Rogaré porque nunca la necesites, James—dice la Reina besando a su hijo.

En este preciso momento aparece Darnley con paso inseguro bajo los efectos de la bebida, cual de costumbre, y fijándose en el conde, que hállase contemplando al niño, que sostiene en sus brazos la Reina, exclama:

—¡Qué escena de familia más enternecedora!

—Admirábamcs a vuestro hijo—dicele Bothwell.

—Hoy cumple un año. Por eso, sin duda, vinisteis de Glasgow...—respóndele la Reina.

Darnley acércase vacilante hacia el niño; pero la Reina, temiendo por su hijo, dado el estado en que se halla Darnley, lo deja en brazos del ama, ordenando se le acueste a no tardar. Molestase el Rey y le pregunta:

—¿Teméis que le contamine mi presencia?

—Sabéis que eso no es cierto—respondele intranquila la Reina—.

¿A qué volvisteis?

—¿Ha vuelto Ruthven a Escocia?—pregunta temeroso el Rey.

—No tendría tal osadía.

—Si volví, ¿quisiera verle yo?
—dica el conde de Bothwell con energía.

—¡Por vos, volverían todas! ¡Así os librarían de mí!—sigue hablando Darnley.

—Estáis sobreexcitado — dicele Bothwell.

Presa de enorme pánico, Darnley va alzando la voz a medida que habla, y concluye por gritar:

—¡Ruthven está en Escocia! ¡Y Morton también! ¡No finjáis ignorancia! ¡Lo sabéis bien!

—Están calenturiento. Deberíais dormir—interviene la Reina.

—¿Dormir? ¡No he de dormir aquí! ¡Nada os diré, que no habéis de volver a traicionarme! ¡Muiré de Escocia!

—Olvidáis quién sois... — le recuerda la Reina.

—¿Que me importa un título huero? ¡Sólo me importa mi vida! ¡Me engañasteis! ¡Eran mis amigos Moray y Ruthven! ¡Los tomasteis contra mí! ¡Nunca me habéis perdonado la muerte de Rizzio!

—Os cumplí mi palabra.

—¡No me amáis!

—Amo a vuestro hijo. A él no podéis abandonarle.

Y fuera de sí, inconsciente en su deplorable estado de embriaguez,

Darnley amenaza así a María Estuardo:

—¡Renegaré de él! ¡Negaré que soy su padre! ¡Hacedle, entonces, Rey de Inglaterra y Escocia.

La Reina queda suspensa unos momentos, temerosa de que Darnley cumpla lo que acaba de decir. Y piensa que si Darnley portárase así, de qué le servirían tantos sacrificios como acepta resignada, esperando en premio que algún día su hijo ocupe la regencia de los dos Tronos: el de Escocia y el de Inglaterra. ¿Será Darnley capaz de cometer tal villanía, que destruiría los sueños de poderosa ambición que sobre el porvenir de su hijo se había ella formado?

El conde de Bothwell, que nada dice y advierte la palidez que va apoderándose del rostro de la Reina a medida que su temor crece, intenta desvanecer sus pesimismo y le dice:

—¡Está fuera de sí! ¡Darnley no hará eso que dice!

—Cumplí la palabra que le prometí—dice en voz alta María Estuardo y como hablando consigo misma— Me he resignado a incessantes insultos y humillaciones... Todo cuanto fué preciso ha hecho... excepto amarle. También eso intenté... ¡pero no pude!

Y queriendo alejar de su mente tristes recuerdos que la mortifican, y también para olvidar el amargo incidente que la cólera inconsciente de Darnley ha provocado momentos antes: la Reina paséase inquieta por el aposento y dícele a Bothwell:

—Hábladme de Inverness... ¡Hábladme de algo!

Con fino tacto, el conde de Bothwell va contándole los incidentes de su vida desde que salió de Escocia hasta que volvió a ella; háblale también de Inverness; de la Corte francesa, que tan bien conoce María Estuardo; háblale de mil cosas distintas, tratando así de distraer a la Augusta Señora.

LA CONJURA TRAMADA POR MORAY

NO equivocóse Darnley cuando creyó que Moray, Ruthven y los suyos se hallaban de regreso a Escocia. Después de un año de exilio, los mismos que siempre habíanles apoyado, habíanles también facilitado el regreso, y juntos conspiraban secretamente para apoderarse nuevamente del Poder y regentar libremente Escocia. Enterados de que Darnley, temeroso de llegar a ser víctima de la venganza de Ruthven y Morton, sabidos como eran los procedimientos que éstos empleaban con sus enemigos, habíase recluso en un castillo en las afueras de Edimburgo, tramaron una conjura, las consecuencias de la

cual habían de ser fatídicas para el conde de Bothwell.

Sabían ellos que los ejércitos del conde de Bothwell venceríanles siempre, y no intentaron atacarle por las armas, sino que emplearon otros medios para combatirle. Lo primero que decidieron fue atentar contra la vida del Rey consorte, objeto fácil de conseguir, puesto que Darnley no abandonaba jamás el castillo donde hallábase recluso por propia voluntad; y una vez hubieron conseguido su propósito, se apresuraron a levantar la opinión del pueblo escocés, haciéndole creer que el amor que guiaba al conde de Bothwell hacia María Estuardo habíale hecho cometer tal villanía. Para ello,

gran servicio prestóles desde el púlpito el propio discípulo de John Knox, que dirigíase al pueblo en esta forma:

—¡El Rey de Escocia clama venganza desde su tumba! ¡Clama castigo para su asesino!... ¿Por ventura no sabemos quién es su asesino? ¡Aquellas que fueron desterrados me han dado su nombre!... ¿Quién codicia la mano de la Reina?... ¡Bothwell! ¡Bothwell es el asesino!

Y para mejor conmover al pueblo, que ya comenzaba a juzgar culpable al conde de Bothwell, sigue exclamando desde el púlpito:

—¡Oíd, hermanos, la oración inspirada de un niño, de un príncipe! ¡El hijo de aquel a quien asesinaron! ¡Juez omnipotente, juzgad mi causa y vengadme!

Y así consigue Moray que el pueblo, único aliado del conde de Bothwell, se torne en contra de él.

Queriendo calmar la excitación del pueblo escocés y para acallar sospechas que puedan levantarse contra María Estuardo, decide el conde de Bothwell simular un rapto, conduciendo a la Reina a una fortaleza que posee en Dumbart, y así poder unirse en matrimonio haciendo creer que la Reina se ha decidido a tal paso obligada por Bothwell.

Huntley, a quien no han podido convencer de que el rapto de la Reina sea tal, llégase a la fortaleza de Bothwell para disuadirle y hacer que desista en sus propósitos. Contrariado por la conducta del conde, dícele Huntley:

—¿Me juzgáis ciego? Este rapto, como vos lo llamáis...

—Es cuestión mía — respóndele Bothwell.

—¡No, que lo es de ella! Si no me engañáis a mí, ¿cómo vais a engañar a toda Escocia?

—Yo cuidaré de mí, Huntley, y de María. De nada la acusarán si la fuerza a casarse conmigo.

—¿A casarse con vos? ¡Estáis loco! ¡Lo estáis ambos! ¡Prefiero morir a ver este día!

Y dirigiéndose a la Reina, que permanece callada, le dice:

—¡Vos, que sois Reina, os dejáis vencer por vuestro instinto de mujer! ¡Bothwell ni comulga en nuestra fe! ¡Si lleváis a cabo esta farsa, sólo desastres han de aguardarnos!

—¡Ella para nada intervino en esto! —dícele Bothwell— ¡Matadme, si queréis! Yo no he de desnudar mi acero contra un amigo.

—¡Vos ya no tenéis amigos!

La Reina María pretende demostrar a Huntley que no llegará a di-

squadirles de su propósito, pero percátase de que el noble se obstina en su idea, y creyendo que el enojo de Huntley ha de llegar hasta el extremo de abandonarles, dicele:

—Podéis iros, Huntley. ¡Uníos a Moray! ¡Excitad al pueblo contra nosotros!

—No; de eso se encargarán otros... ¡Volveréis a caer en poder de Moray!

Triste y enojado se aleja Huntley de la fortaleza de Dumber.

El conde de Bothwell toma por la seguridad de María Estuardo, y como la hallase pensativa después de la partida del fiel caballero, le pregunta:

—¿Tenéis miedo, María? Podéis iros con Huntley...

—Bien sabéis que mi corazón os ha pertenecido siempre, como lo sabía yo.

De nada sirvieron las advertencias del servidor de la Reina, y la unión de María Estuardo y el conde de Bothwell efectuóse a no tardar. Se celebró la ceremonia exenta de pompa y ostentación; el rostro radiante de dicha de los felices esposos, y mostrando el adicto Huntley su descontento, ya que no cesaba de prever que a consecuencia de tal unión, los más inesperados desastres aguardábanles a todos.

También fué el enlace mal causa de viva satisfacción experimentada por Moray y Ruthven, que así facilitábales poder aumentar aún más la desfavorable opinión que alzábase ya en contra del conde de Bothwell.

En la nupcial cámara y reclinados en el alféizar del ventanal, María Estuardo y el conde, ajenos a todo cuanto les rodea, contemplan la nitidez del cielo. Un cometa hace su fugaz aparición en el firmamento y María exclama:

—Ya pedí algo a esa estrella...

La calma de la noche invita a la meditación, y María, apoyada en el hombro de Bothwell, sigue diciendo:

—Dicen que todos tenemos una estrella... De niña imaginaba yo que era la mía una estrella sin luz que nadie podía ver, ni yo misma. Luego, soñaba que una noche, de repente, brillaría mi estrella, para caer al instante y yo con ella.

—Sombria o brillante, seguiré vuestra estrella, María—le asegura Bothwell.

—Mi estrella era oscura porque yo no existía. Mi vida era un sueño que soñaba yo... Fué puro delirio, ¿verdad? O acaso no existí hasta conoceros...

Queda María pensativa y acuden

en tropel a su mente recuerdos de antaño que repite en voz alta:

—Recuerdo haber vivido de niña, o lo soñé, en un país como éste. Me dijeron que mi padre había muerto y lloré... Me dijeron que era Reina de Escocia, pero a serlo preferiría yo mis muñecas. ¡Era yo entonces tan importante! No ante mí misma, sino para mis mayores. Un día entreví mi estrella. Aquel día me llevaron a un barco, por la noche, ¡Qué extraño parecíame todo! El mar y el mundo se me antojaban enormes... Llegamos a un país remoto y me dijeron que era Francia. Allí todos cantaban y reían. Todos parecían felices, y me sentí transportada. Pronto di en pensar que Escocia sólo existió en mis sueños, que era mi mundo un jardín... En él se deslizaba mi vida aprendiendo el francés, oyendo música, platicando con mis cuatro tíos; de ellos, el cardenal de Lorena era a quien yo quería más. Me decía que en siendo mayor casaría con el Rey de Francia, que era aún muy joven... El príncipe y yo reñíamos como dos niños...

—Yo estaba en Francia cuando os casasteis — recuerda Bothwell —. ¡Nunca lo olvidaré! Aquella pompa,

aquella ceremonia en la catedral... Pajes sostenían la cola de vuestro vestido nupcial... ¿Qué edad teniais entonces?

—Dieciséis años... y otros guiaban mi destino...

—Sí.

—Un día murió el padre de mi esposo Francisco en un torneo. La atención de todos se cifró en mí... ¡Yo era ya Reina de Francia!

Recuérdase María de su vida en la Corte de Francia, al lado de un hombre enfermizo y con él que hallóse casada en su primera juventud sin que hubiesen tenido en cuenta para nada su voluntad. Hallábase concertada: tal unión desde su infancia y se efectuó cuando fué llegada la hora, para que otros vieran así logradas sus ambiciones. Duró poco el reinado de su esposo, Francisco II, y así, sigue diciendo María:

—Pronto, empero, murió también mi esposo y dejé de ser Reina de Francia. Luego volví a mi tierra ensañada, a Escocia... Nunca amé hasta ahora, y vos lo sabéis...

Iba siguiendo Moray su labor encaminada a lograr la reconquista del poder y junto con sus aliados había conseguido levantar en armas a toda Escocia en contra de Bothwell.

En poco tiempo logró reunir un ejército que por sí solo asegurábale la victoria y contaba, además, con la ayuda de casi la totalidad del pueblo escocés. La rebelión tuvo lugar en un momento en que no esperaba Bothwell y pronto percatóse éste de que su ejército estaba diezmado y era inútil la resistencia; empero, opusola esperanzado hasta el último momento, en que los nobles rebeldes, capitaneados por Moray, lograron sitiar la fortaleza de Holyrood.

Lord Thorckmorton, al corriente de todos los acontecimientos que en Escocia se suceden, comunica las nuevas a la Reina Isabel, que, asombrada, demanda:

—¿Moray llama a las armas a todos?

—Sólo resisten unos pocos mercenarios de la frontera, vasallos de Bothwell.

—¿Mercenarios? Mal pelearán entonces. ¿Y el hijo?

—En poder de Moray. No han de hacerle mal alguno. A Moray interesa que el niño llegue a ser Rey, para él seguir en tanto de regente. Los nobles han convencido a Knox de que Bothwell y la Reina mataron a Darnley para poder casarse... Knox lo dice así al pueblo: «¿Qué prueba

mejor de su culpa, que su precipitado matrimonio?»

—¿Y yo creí haber sido derrotada!—exclama Isabel con alegría.

...

Continúa el sitio de la fortaleza de Holyrood. Los soldados rebeldes y los sitios acúsanse entre sí a voz en grito:

—¿En qué abismos de abominación os habéis sumido?

—¿Esa que seguís no es la bandera de Escocia! ¡Es el estandarte sangriento del crimen y de la traición!

—¿El Rey clama venganza desde su tumba!

En el patio del castillo y decididos a adoptar resoluciones definitivas, hallanse María Estuardo y el conde de Bothwell. El conde interroga a la reina:

—¿Tenéis miedo, María?

—¿Si, un miedo terrible!

—Vos ya no sois mi María...

—Sólo temo por vos.

—Entonces, nada debéis temar.

Los aliados oponen una heroica resistencia; empero, harto claro es de ver que los rebeldes conseguirán, a no tardar, su intento. Así, en-

via Moray un mensaje a la Reina María solicitando una entrevista en la que dará a conocer las condiciones que los nobles rebeldes imponen para levantar el sitio de la fortaleza; concédesele la Reina María y al personarse Moray ante Su Majestad, saludala respetuoso. La Reina María sonrió tristemente y exclama:

—Mal se aviene esa inclinación con vuestra traición.

—No nos alzamos en armas contra vos, sino contra él.

Adelántase entonces el conde de Bothwell y dicele a Moray:

—Antes de que nombréis vuestras condiciones, Moray, ¡iréis las mías!

Y diciéndolo, reta a Moray arrojándole uno de sus guantes:

—¡Os reto a singular combate! ¡A vos, o a cualquiera de vuestros traidores caballeros!

—¡No, que os tenderán una calada! —interrumpe temerosa la Reina.

Uno de los nobles que han permanecido adictos a la Reina María da cuenta de la delicada situación y se dirige a sus soberanos:

—¡Oíd las condiciones de Moray! ¡Os lo suplico, señora! ¡Os lo ruego, señor!

—¡Hablad! ¿Qué condiciones imponéis?—pregúntale Bothwell.

—Os iréis de Escocia para siempre, Bothwell. La Reina nada decidirá sin nuestro consentimiento.

—¡Nada más? Oíd vos ahora mis condiciones. Siempre codiciasteis mi condado. Os lo doy. Abandonaré Escocia si me juráis que la Reina seguirá en el Trono, reinando como hasta ahora.

Y añade, haciendo resaltar el valor de cada una de sus palabras:

—Si faltáis a vuestro juramento, ¡guardad bien vuestras puertas, porque volveré... a castigaros!

—Veré si los nobles aceptan vuestras condiciones —respondele Moray.

Y vase a consultarle, mientras la Reina María, abrazada a Bothwell, le dice:

—Permitidme vivir y morir junto a vos! ¡Soy vuestra esposa! ¡Os amo!

—Y yo os amo, María, pero debéis salvar vuestro Trono.

—A él prefiero un solo día de dicha con vos. ¡Fueron tan pocos esos días!...

—Fueron veinte días de gloria, María... ¡Valieron por toda una vida!

—¡Llévadme con vos!

—No. Vuestro destino es reinar en Escocia, y el mío, morir amándoclos.

Discuten los nobles rebeldes las condiciones impuestas por Bothwell, y como su único deseo es que Bothwell abandone Escocia, no queriendo retrasar por más tiempo su partida, deciden comunicar a la Soberana que aceptan sus condiciones y así díceselo Moray al conde.

Respóndele Bothwell.

—Yo no haría en la palabra de Ruthven o de Morton, pero vos, pese a vuestra corrupción, sois un Estuardo. Acepto vuestra palabra de Estuardo, Moray, pero si faltáis a ella, ¡ay de vos!; porque volveré.

Y la Augusta María Estuardo vuelve a sacrificar sus propios sentimientos a su deber de Soberana, y humedecidos los ojos, ve alejarse para jamás volver, al único hombre que llenó su vida de un amor sincero. La figura del conde de Bothwell va desapareciendo lentamente y la Reina María contempla cómo se aleja el caballero hasta que poco o nada distingue ya de él.

Reunido de nuevo el Consejo que preside Su Augusta Majestad María Estuardo, John Knox prorrumpe en desaforados gritos que desconciertan a algunos nobles que pretenden

hacerle callar; vano es su intento, pues Knox alza de nuevo la voz:

—¡Se lo diré a ella cara a cara! ¡Acabad con la asesina, con la corruptora de hombres!

—Si ha de haber Consejo, ¡expulsad a ese loco!—exclama la Reina.

—¡Por Reina que seáis, pese a la protección de vuestros ídolos, esta será noche de expiación para vos!—prosigue Knox.

—¡Moray, exige que le echéis!—ordena la Reina—. ¿Por qué no me respondéis?

—Tendréis que salir de Palacio.

—Eso lo decidiré yo, no vos.

—Ya no.

—¡Soy vuestra Reina! ¡Disteis palabra de que me dejaríais reinar libremente!

—Eso les ahora imposible.

—¡Ahora comprendo bien vuestra traición! ¡No traicionáis a vuestra soberana, que os traicionáis a vos mismo, a vuestra palabra de honor!

—Defendemos a Escocia. Podéis quedaros si acatáis nuestro dictado.

—¿Y qué vais a dictarme?

Y ante el asombro de la Augusta Reina María Estuardo, que entonces comprende cómo ha sido urdida la traición, respóndele Moray:

—Vuestra abdicación. Nombra-
réis a vuestro hijo heredero del Tro-

M A R I A E S T U A R D O

no. Y yo regentaré hasta su mayoría de edad.

—¡Me niego!

—Os arrepentiréis.

—Acordaos de Bothwell... ¡Volverá!

—¿Sin su ejército? ¿Y con su cabeza puesta a precio?

—Mientras yo viva nada podrá arrebatarme el Trono. Encerradme en vuestras prisiones. ¡Esperaré a que vuelva Bothwell!

THE END OF JACOBITE REBELLION

MARIA ESTUARDO, PRISIONERA DE ISABEL

EL Embajador de Inglaterra en Escocia, lord Throckmorton, regresa de nuevo a Inglaterra para comunicar las nuevas acaecidas en Escocia a la Reina Isabel, que enterada de la derrota sufrida por Bothwell al intentar de nuevo oponerse a Moray, pregunta a su consejero:

—¿Hicieron prisionero a Bothwell?

—No. Huyó a Dinamarca, donde aspira a formar un ejército para atacar a Moray. El hijo de María Estuardo ha sido consagrado Rey, y Moray es ahora el regente.

—Entonces, ¿abdicó ella?

—Tal dice Moray.

—¿Y María, sigue presa?

—Sí. La vi y desea la ayuda de Vuestra Majestad para combatir a los rebeldes. Dice que, si favoreceis la rebelión en Escocia, pronto la veréis en Inglaterra.

—¡Rebelión! ¡Cómo odio esa palabra!

—La seguridad de Vuestra Majestad depende de que ella siga en prisión.

—¿Será prudente alentar la rebelión tan cerca de mí?—pregunta Isabel.—Pensadlo bien. Tampoco puedo tomar partido alguno, en tanto viva Bothwell.

—Si tiene éxito el plan de Moray, Bothwell acabará sus días en una prisión dinamarquesa.

—Volvedos a Escocia y decid a

Moray que ante el mundo es un traidor y que a él me opondré en público... si bien le ayudaré privadamente.

—¿Y a María Estuardo?

—Entregadle este anillo en prueba de mi afecto y ayuda.

—Pero preguntará.

—Sé lo que preguntará... ¡Respondámosle con evasivas! ¡Dejemos que transcurran meses, años! En esperar se cifra nuestra seguridad.

Después de mucho recapacitar Isabel de Tudor sobre la posición a adoptar para mejor entorpecer la posible evasión de María Estuardo, decidió que siempre tendría la más segura en Inglaterra para el logro de sus planes, y así ordenó que, simulando estrecha amistad, le fuera facilitada la evasión del castillo de Lochleven y fuera conducida a Inglaterra.

Logró, pues, María Estuardo evadirse del castillo donde Moray la tenía prisionera, y puesta toda su confianza en Isabel, de quien conservaba como preciado recuerdo el anillo que le entregó Throckmorton por orden expresa de la Reina; dirigiase a Inglaterra esperanzada por la ayuda que imaginábase iba a prestarle su prima Isabel, para así reconquistar nuevamente el Trono que por derecho pertenecía.

Tan pronto desembarcó en Inglaterra la Reina María, refugióse en la modesta cabesía de unos pescadores, a quienes pidió cobijo por unas horas, en la espera de que la Reina Isabel enviara un caballero en su busca.

Hállase María Estuardo sentada ante una tosca mesa y la buena mujer la obsequia con la escudilla que en aquel momento se disponían a gustar, excusándose:

—Pobres viandas son estas para gente de alcurnia, pero es cuanto tenemos.

La atención de María Estuardo está fija en el pequeñuelo que frente a ella está sentado en una alta silla que le alza hasta el nivel de la mesa y come con fruición la papilla que la buena mujer acaba de colocar en la mesa a su alcance.

—Yo tengo un hijo pequeño también—exclama la Reina recordando a su tierno infante.

El niño, juguetón y travieso, balbucea palabras comprensibles tan sólo para los que diariamente le rodean y saben adivinar lo que el rapaz quiere dar a entender con su defectuosa pronunciación, y la mujeruca aclara:

—Dice si su hijo se sienta también en una silla alta.

—¡Oh, sí! En una silla muy, muy alta.

Poco después, un caballero de la Corte inglesa se presenta ante la Reina María por orden de Isabel, para conducirla al castillo.

—¿Venís de parte de Isabel?— le pregunta ansiosa María Estuardo.

—Vengo a guiar a Vuestra Majestad a un refugio seguro.

—¡Gracias sean dadas a Su Majestad! Bien necesito su ayuda.

Y dirigiéndose a la buena gente que gustosamente compartieron con ella sus pobres viandas y que contemplan asombrados al caballero y extrañados quedaron al oír nombrar a Su Majestad, les dice, cariñosamente:

—Gracias, amigos míos.

Llegados que fueron María Estuardo y el caballero que la acompañaba a uno de los más renombrados castillos de Inglaterra, penetraron ambos en él, donde salióles al encuentro Sir Thomas Knolls. Formulados los saludos de rigor, Sir Thomas Knolls, indicando a la Reina María una espaciosa alcoba, díjole:

—Este aposento es para Vuestra Majestad.

Paseábase feliz la Reina María por la amplia sala y dirigiéndose a los caballeros exclamó:

—¿Qué dicha es sentirse libre! ¿Dónde está Isabel? ¿Puedo verla

por fin? Quiero darle gracias. ¿Dónde está?

El caballero que habíala acompañado hasta el castillo en cumplimiento de la orden decretada por Isabel de Tudor, volvióse hacia Sir Thomas Knolls encargándole:

—Confío esta dama a vuestra custodia.

—¿Custodia?— exclama sorprendida la Reina María— ¿Qué queréis decir?

Pero comprendiendo al momento que ha sido vilmente engañada y que se halla de nuevo prisionera, dice así a los caballeros:

—¡Inglaterra no tiene derecho alguno sobre mí! ¡Pedí refugio a Isabel! ¡Ella me lo prometió! ¿Soy vuestra prisionera?... ¡Exijo que me respondáis!

Los caballeros permanecen silenciosos y aléjanse cerrando tras de sí la puerta con el pesado cerrojo.

También prisionero, y en una cárcel sombría y ruinosa, hállase postrado, la razón perdida, el conde de Bothwell. Incorpórase de pronto como creyendo oír la dulce melodía de unas gaitas guerreras y acérquese a Donal, el fiel servidor que hasta allí le ha seguido, exclamando:

—¡Donal! ¿Oíste eso?

—Es la tormenta, señor.

—¡No, Donal! ¡Son mis gaitas!

ros! ¡Vienen por mí! ¡Se acercan!
¡Aun hemos de triunfar!

Por la mente del conde atraviesa, fugaz, un centelleo de lucidez que dura un instante y hácele decir tristemente:

—Me pareció oír...

—Acostado, señor.

El espíritu inquieto y luchador del conde de Bothwell no ha podido adaptarse a la quietud forzada de la prisión, ni ha podido aceptar la idea de su primera y última derrota, y sometido por primera vez y reducido a prisión en una cárcel de Dinamarca, el valeroso vencedor de tantas batallas gloriosas ha perdido por completo la razón y en las crisis de su delirio no oye sino el son de las gaitas guerreras de su finido ejército. Sorprendido por un presagio funesto, que en la fase exaltada de su locura interpreta contrariamente, vuelve a exclamar:

—¡Esta noche estaré libre, Donal! ¡Os digo que esta noche! ¡Las gaitas, Donal! ¡Escuchad, id a Inglaterra! ¡Decid a María que estoy libre y que la liberto a ella! Decidle que irá en medio de mis gaiteros... Decidle que escuche... que mis gaiteros se acercan...

El eco de sus últimas palabras resuenan aún en el espacio de la angosta prisión y el conde cae des-

vanecido al suelo, para no levantarse jamás.

Los carceleros han acudido presto a los alborotados gritos proferidos por el que ya no existe, con el ánimo de acallarlos según costumbre, pero Donal, que hallase aún al lado del cuerpo de su señor, les dice:

—¡Ya no podéis atormentar! ¡Si, dijo verdad! ¡Ya está libre!

Prisionera de Isabel de Tudor, nada parece ya poder salvar a la Reina de Escocia; empero, aun en Inglaterra, encuentra María-Estuardo la adhesión de unos nobles ingleses quienes, por comulgar con su misma fe y en un imperioso afán de justicia, demuéstranle que dispuestos se hallan a luchar en su favor.

Grande es la vigilancia que alrededor de María-Estuardo se guarda, y grandes son también los peligros por que los nobles atraviesan para comunicarse con la cautiva Reina; empero, el más audaz y decidido de todos ellos, Anthony Babington, logra comunicarse secretamente con María-Estuardo comunicándole las posibilidades con que cuentan para su nueva evasión y sus propósitos de reconquistar el Trono de Escocia para ofrecérselo.

Descubierta la intriga que secretamente se está llevando a cabo por

Anthony Babington, Inglaterra acusa a María Estuardo de delito de traición y de haber tramado, secundada por Anthony Babington, una conjura que atentaba contra la vida de la Augusta Majestad de Inglaterra.

Y así, como vulgar personaje, la Soberana de Escocia, María Estuardo, pasa por la humillación de verse juzgada por un Tribunal.

La primera pregunta que formula la Reina María Estuardo cuando hállese frente al Tribunal, demuestra el deseo latente que en ella existe desde el primer día que llegó prisionera a Inglaterra.

—¿Voy a ver por fin a Isabel?
—pregunta.

—Su Majestad está presente, simbólicamente—contéstale el Juez señalando el lugar del Trono, encima de cuyo asiento han sido colocados el Cetro y la Corona de la Reina de Inglaterra.

—Siéntese la acusada—proxigue el Juez.

—Me mantendré en pie... simbólicamente.

—¿Reconocéis la autoridad de este Tribunal?

—Ni la de este Tribunal ni la de Isabel. Jamés se juzgó ante Tribunal a un soberano.

—En Roma, el Tetragca Caye-

tano fué condenado a muerte por un Tribunal. Hay otro precedente: el de Licinio, casado con una hermana del Emperador Constantino. Sin contar con Juana de Nápoles...

—Remontaos a Poncio Pilatos, que condenó a muerte al más grande de los Soberanos... y recordad a Isabel lo que se hizo de la memoria de Pilatos.

—¡Recordad que sois la acusada!

—¿Y de qué se me acusa?

—De atentár contra la vida de nuestra Reina, Isabel de Inglaterra.

María Estuardo sonríe tristemente y replica:

—Estoy en prisión desde que llegué aquí. ¿Cómo, aun de haberlo querido, pude atentár contra su vida?

—Conspirando con ingleses de vuestra propia fe, entre ellos Anthony Babington.

—Un amigo que solamente me ayudó a huir de una prisión injusta. ¿Dónde está?

—Fué ejecutado, por traidor.

—¿Y sus amigos?

—Fueron ejecutados, por traidores.

—¡Pobres generosos amigos! Así para probar que soy culpable, ¡asesináis a quienes pudieran probar mi inocencia!

—¡Limitaos a responder y no hagáis preguntas!

—¡Sabed que soy la acusadora, no la acusada! ¡Acuso a Isabel de traición y de intentar contra mi vida!

Bastante desconcertado el Juez que preside el Tribunal, por la actitud que adopta la Reina María, no da se por enterado de las palabras que acaba de escuchar y prosigue su interrogatorio:

—¿Negaréis haberse comunicado secretamente con Anthony Babington?

—¿Negaréis que también vos trataríais de huir de una prisión injusta? ¿Sabéis lo que es estar lejos de aquellos que amamos? ¡Lejos del marido amado, del propio hijo, del propio país! ¡Encerrada como una bestia feroz! ¡Pasar así los días, hasta que cada día se torna en una eternidad!... ¿Si le envié cartas secretamente!

—¿No aprobasteis un plan para matar a nuestra Reina?

—Tan cierto es como que vos sois un hombre de honor.

—¿Está escrita en letra vuestra esta carta?

—Tanto gritáis, milord, que aun desde aquí veo que está falsificada.

—¿Queréis ateneros a responder?

—¡No os pregunta alguna! ¡Sólo os acusaciones, puestas en forma de pregunta!... ¿A qué proseguir esta farsa? Isabel, temerosa de que yo

pueda ocupar el Trono, ha inventado esta acusación falsa para condenarme a muerte.

Pero recuerda entonces María Estuardo que alguien hay que a pesar de estar alejado de ella en estos instantes de dolorosa contienda espiritual, luchará hasta el fin; luchará hasta conseguir que la corona de Escocia ciba sus siemas de nuevo. Alguien a quien temen sus enemigos porque conocen su temple de luchador y su poder invencible cuando la razón le asiste; alguien que ya en los tiempos de su reinado supo hacer imperar en Escocia el orden y la paz; alguien que no cejará en su empeño de salvar a la Reina de Escocia, ahora prisionera del reino vecino. Y ese alguien es el conde de Bothwell. El logrará encontrar en el extranjero la ayuda y el apoyo necesarios para interponerse a las bajas maniobras de Moray, y así como luchó en otros tiempos y consiguió el establecimiento del triunfo de su Causa, así ha de luchar ahora, cuando a sus oídos llegue, no sólo el engaño de que fue víctima por parte de Moray, que traicionó su propia palabra de honor, sino también cuando la sepa a ella prisionera de Isabel de Tudor. Mucho más difícil será esta vez conseguir la victoria, pues que en tan desgraciadas condiciones se hallan ambos, pero si

bien difícil y angustiosa la lucha, en María Estuardo subsiste, firme, la íntima convicción de que Bothwell logrará situarla de nuevo en su Trono. Ese y no otro es el temor que anima a Isabel contra su persona, ¿qué otro motivo sino éste, impondría a Isabel de Tudor actuar con mayor rapidez en perjuicio de la Reina de Escocia, del legítimo heredero de la Corona de Inglaterra, a quien tiene bajo su poder y dominio? Pero a pesar de la situación en que hallábase Bothwell que parece designarle como vencido, es el temor a su poder, que ha de resurgir aún más vibrante, lo que contiene posibles desmanes que intentaron contra ella. Si, es el temor al empuje arrollador de Bothwell, que la amparará contra todo y contra todos, pues que por sí solo les causa temible respeto. Y así pensando, el rostro de la Reina María se anima movido por una esperanza secreta, y adelantándose hacia el Tribunal que está juzgándola, prosigue, enérgica:

—¡Pero Isabel aún me teme! ¡Teme el poder de Bothwell! ¡Sabe que encontrará apoyo y ayuda en el extranjero para mi causa! ¡Cuando él vuelva, arrollará a mis enemigos y volverá a reinar en Escocia! ¡Mientras él viva, vivirá yo!

No responde el juez a las pala-

bras pronunciadas por la Reina María y ordena a los soldados que prestan guardia en la sala:

—Traed al prisionero.

Pocos minutos después aparece Donal esposado con pesadas cadenas de hierro y acompañado de dos soldados.

—¡Donal! — exclama la Reina María al verle.

—Póstrate de hinojos el fiel servidor ante la Augusta Soberana María Estuardo y cuéntale:

—Hice cuanto pude por veros, pero vuestros carceleros me hicieron prisionero.

—¿Dónde está? —comanda ansiosamente la Reina— ¿Dónde está Bothwell?

Enmudece Donal y baja la cabeza en señal de pesadumbre. La elocuencia de su triste expresión da a entender claramente a la Augusta Soberana la terrible verdad.

—Prosigue Donal.

—Sus últimas palabras fueron para vos... Dijo que os esperaba en medio de sus gaiteros...

Herida en lo más profundo de sus sentimientos; el que animábala a proseguir con tesón la lucha, el que daba nuevas fuerzas a su resentida naturaleza, el que fortalecía sus decaídos ánimos en tristes instantes en los que previera que era ésta

la derrota final; desvanecida la última esperanza que le restaba, la Augusta Reina de Escocia, María Estuardo, comprende que al perderle a él ha perdido también todo cuanto constituía la razón de su existencia. Amargo es hallarse separado de los que se ama, pero aún más doloroso

es haber perdido toda esperanza de estar junto a ellos de nuevo.

María Estuardo dirige su mirada hacia el Tribunal y murmura:

—¡Y vos lo sabíais desde un principio! ¡Ahora lo comprendo!... ¡Condenadme ya! ¡Entregadme al verdugo! ¡Ya nada me importa!

MARIA ESTUARDO FRENTE A ISABEL DE TUDOR

Y la mano ambiciosamente cruel de Isabel de Tudor ha firmado la injusta sentencia.

Aun no perceptible la tenue claridad del nuevo día que se anuncia y cuyo crepúsculo ya no verá, María Estuardo, a la mortecina luz de unas velas, eleva una plegaria al Cielo:

—¡Señor! Nada os pido para mí sino el perdón de mis culpas.

Y ahora que su vida no tiene ya valor alguno, puesto que ciérnese sobre ella la cruel sentencia que una insensata ambición ha dictado, María Estuardo concentra todas sus súplicas en pro del bienestar y poderío futuro del hijo bien amado. Ya no reclama la ayuda divina para el

logro de su justa causa; ya no suplica por el triunfo del Hombre que, por mucho quererla, triste fin tuvieron sus días, sino por el triunfo del hijo que, al conquistar la gloria en pos de la cual cayó ella, víctima de un adversario tan poderoso como injusto, vengará su muerte y exaltará su memoria, que quedará imperecederable a través de los siglos, en el Libro de la Historia.

—¡Guíadle, Señor! Mi humilde persona no debía ser digna de regir los destinos de mi amado pueblo, cuando Vos habéis designado mi anulación; pero a él, ¡amparadle, guíadle! ¡Haced que su cetro sea símbolo de paz, equidad y justicia! ¡Haced que no entorpezcan su rei-

nido viles intrigas y villanas acciones que el mío han destruido! ¡Haced, Señor...!

El chirriar producido por los goznes de una pesada puerta al ser abierta, interrumpe la placidez de la mística súplica en que hallábase sumida María Estuardo. En la suave penumbra del aposento dibújase imperceptible en la entrada, una sombra, que avanza con paso que, si nada tiene de majestuoso, mucho tiene, en cambio, de indeciso. Contéplala serena María Estuardo, y exclama:

—Sólo vi una mala miniatura vuestra... pero sí, vos sois Isabel, ¡por fin!

Las dos Augustas Majestades, María Estuardo de Escocia e Isabel de Inglaterra, hállanse frente a frente; vencido y vencedor; poder abatido y poder presionante; pero aun en tan singular circunstancia, difícil sería afirmar quién es la que sufrió derrota y quién la que triunfó.

Rostro enigmático; plebeyo instinto; amarguras insospechadas que acrecentan ambiciones de poderío no merecido; envidia de mujer que vese superada, contempla María Estuardo a Isabel de Tudor.

Rostro sereno; elevación de instintos; estirpe gloriosa; puros idea-

les que a luchar obligan; tiernos sentimientos de mujer que alivian pesares y ofrecen dichas inusitadas; orgullo de casta que no sométese ni ante la perspectiva trágica del verdugo, contempla Isabel de Tudor a María Estuardo.

—Sois una Estuardo... Ahora veo por qué os amaban los hombres...

—Y ahora veo yo que, aun en la amargura de mi última noche, no me cambiaría por vos, Isabel. Dabi haber presentido que vendriais a gozaros en mi dolor. ¡Venís al amparo de las sombras! ¡En sombras tramasteis mi destrucción!

—¿Nada hicisteis vos contra mí?

—¿Cuándo fui vuestra enemiga?

—¡Siempre! ¡Vuestra vida fué siempre una amenaza a la mía! Nacisteis demasiado cerca de mi Trono... ¡Reinabais vos o reinaba yo! Una sola puñalada a traición ¡y mi reino hubiera sido vuestro!

—¡Nunca lo deseé!

—Pero ¿lo hubieseis tomado de haberseos ofrecido... ¡Sí!

Y es llegado el momento en que la majestad de sus personalidades desaparece para dejar hablar, no a dos poderosas soberanas, sino a dos simples mujeres. María Estuardo advierte:

—¡Ni mujer podréis ser!

—¡Pero soy Reina!

—He disfrutado de dichas que vos jamás conoceréis.

—Vos habéis sido mujer... ¡Ved en lo que habéis parado!

—¡No daría el recuerdo de un solo día con Bothwell por una eternidad de vuestra vida!

Breves instantes tarda en responder Isabel, durante los cuales recuerda con amargura del calvario sufrido durante su infancia y parte de su primera juventud. La desmesurada ambición de poder que adviértese ahora en ella no es más que la consecuencia lógica del largo tiempo pasado sufriendo penalidades y humillaciones sin cuento, mucho más difíciles de soportar al entrever, acogiéndose al rango de su padre, esperanzas de liberación y de venganza.

Continúa desmadejando el hilo de sus pensamientos, y exprésalos en voz alta:

—¿Qué sabéis de mi vida? ¡Vos nacisteis Reina, y vuestros fueron todos los honores, todas las prerrogativas reales! ¿Qué sabéis lo que es luchar por el poder? ¡Yo vine al mundo sin nada, pues que mi propio padre se negó a reconocerme! ¡Mi madre, Ana Bolena, fué recu-

tada por el verdugo! ¡Pronto supe cuán posible es ser Reina un día y morir al siguiente en el cadalso!... Mi hermana me encerró en la Torre de Londres... ¡Yo sé lo que son las prisiones! ¡Sé lo que es sentir el horror del verdugo, día tras día! ¡Allí pasé por mil muertes!... ¡Pero luché sin tregua y sin descanso, hasta que ciñó mis sienes la corona! ¡No a los hombres di mis amores, sino a mi reino, a Inglaterra! ¡Y aun me habláis de amor! ¿Qué sabéis de la vida?

—Sé que la vuestra es un glorioso fracaso.

—¡Vuestro fué el fracaso que no mio! ¡Perdisteis un reino a trueque... de Bothwell!

—Sí, y mil veces volviera a hacerlo... Vos me tomisteis siempre, y aun ahora me teméis. Sabéis que mi sangre caerá sobre vos ¡y jamás os redimiréis de ella!

Y atenuando el áspero acento de su voz, compasiva la mirada y sincero el hablar, añade:

—Y lo fríste, Isabel, en saber que hubiéramos podido ser amigas leales...

—¿Creéis que quiero vuestra muerte? ¡María Estuardo, salvad! ¡Renunciad al derecho de los Estuardo al Trono!

—¡Aun me teméis! ¡Me teméis hasta la muerte! ¡A eso habéis venido aquí esta noche?

Sin escuchar Isabel el eco de la negativa recibida que aun resuena en sus oídos, intenta de nuevo asegurarse la victoria decisiva y completa, pretendiendo terminar para siempre con la espina más aguda y punzante que amenaza su corona: los Estuardo. Yérquese en ademán que quiere ser altivo y es de súplica y vuelve a insistir:

—¡Renunciad y viviréis!

—¡Siempre amasteis el poder con pasión ciega! ¡Yo amé como una mujer, y como una mujer perdí, pero el triunfo final es mío! ¡No tenéis heredero directo! ¡Mi hijo heredará vuestro Trono!

Convencida María Estuardo de que la plegaria elevada por ella momentos antes será escuchada y que han de verse cumplidos sus deseos, presiente que nada ni nadie ha de poder arrebatarse a su hijo las coronas de Escocia e Inglaterra, que pertenecen por divina gracia. Animada por esta convicción, orgullosa de que en los últimos y trágicos instantes de su vida, cuando quizá suponíanla en actitud de implorar clemencia, quien llega hasta ella en demanda de seguridad para la conti-

nuidad de su reinado es nada menos que la propia Isabel de Tudor, exclama con entereza y con emoción intensa:

—¡Mi hijo reinará en Inglaterra! ¡La victoria es mía!

Se estremece Isabel al oír la predicción de María Estuardo, como presintiendo también ella que la última voluntad de la Reina María ha de cumplirse, y enojada, porque percátase de la superioridad que ante ella adquiere la figura de la Reina que pocas horas después conocerá el suplicio del verdugo, que empequeñece su propia figura, al mandato de cuya voluntad ha de cumplirse la triste sentencia, abandona presurosa el aposento.

De nuevo ha quedado sola María Estuardo y de nuevo póstrase en actitud de oración. Son tantas las penalidades sufridas y tanta solemnidad adquieren los instantes que preceden a su salida de aquel aposento, que hay momentos en que parece que sus fuerzas flaquean y su espíritu desfallece; empero, la misma magnitud de su sacrificio le presta nuevos ánimos para acabar de cumplirlo con honor y dignidad.

En piadosa meditación y orando ha pasado María Estuardo sus últimas horas. Al punto de nacer el nuevo día, cuando ábrese de nuevo la

puerta para dar paso a dos caballeros que cumplen ingrata misión. María Estuardo hállase tan absorta en sus pensamientos, que no repara en los que, como mensajeros del verdugo que aguarda, en su busca vienen. Sorprendida en su meditación, escucha muy cercano un murmullo:

—Majestad, ya es hora.

La Augusta Soberana de Escocia, María Estuardo, inicia la marcha, señorial y digna, seguida por los dos caballeros y armados soldados que, llegados que son al patio donde ha de cumplirse la cruel sentencia, presentan armas a la Reina María, en ofrecimiento de póstumos honores.

Al final de una angosta e improvisada escalera hállase el verdugo aguardando. María Estuardo se detiene al pie de la escalera y compárala a aquella otra escalinata amplia y majestuosa del castillo de Holyrood, que subió esperanzada a su llegada a Escocia. Por ser Reina de Escocia subía con honores las gradas de la majestuosa escalinata; por ser María Estuardo deberá subir hasta llegar al final, los peldaños de esta misera escalera.

Suprimiendo superfluo tocado que ha de entorpecer la labor del ver-

dugo, una mano que quiere ser suave y no lo logra, despoja a María Estuardo del bonete de negro terciopelo y retira de su cuello ambarino la nivea gorguera.

Ya dispuesta se halla María Estuardo y es entonces cuando acude de nuevo a su mente el recuerdo de diferentes fases de su vida. Con entereza y lentamente, para dar tiempo a que desenvuélvase con calma su calenturienta imaginación, remonta el primer peldaño... su infancia en Escocia... ¡ya entonces llamábanla Reina!... Y remonta el segundo peldaño... la Corte de Francia... su unión con Francisco II... Tercer peldaño... fugaz como el paso de un cometa fué su reinado en Francia... Cuarto peldaño... el regreso a la Patria... la intrincada y difícil regencia... Quinto peldaño... el nacimiento del hijo amado... los Estuardo seguirán reinando en Escocia e Inglaterra... Bothwell... Sexto peldaño... Bothwell... Ha llegado a la cumbre de las escaleras... Bothwell... En los oídos de María Estuardo resuena, armoniosa, la suave melodía de unas gaitas guerreraz que llenaron su vida de dulces emociones, y al cielo eleva la cultada Reina su última plegaria:

M A R I A E S T U A R D O

—¡Perdonadme, Señor, si en el supremo instante final de mi existencia, consciente de que pasados unos minutos habrése despojado mi alma de su ropaje corpóreo para presentarse ante Vos, dedico mi último pensamiento al recuerdo del hombre por el que todo lo perdí... hasta la vida misma! ¡Perdonadme, Señor!

El nuevo día, que amaneció radiante, tórnase borrascoso como sumándose a la protesta que levanta ta enorme injusticia...

* * *

El trágico destino de Maria Estuardo acaba de cumplirse.

EL SUEÑO DE MARIA ESTUARDO

AÑOS después, a mediados del 1603, el hijo de María Estuardo y lord Darnley era proclamado Rey de Inglaterra, con el nombre de Jacobo I. Cumplíase así el más vivo deseo que afirmó en vida a la Reina María Estuardo y que dulcificó la esperanza de sus tristes días de cautiverio. No en vano fue el calvario sufrido por la Reina María, pues que la única y más reconfortante esperanza que alentó los dolorosos desfallecimientos de sus últimas horas, convirtiéndose en realidad.

Difícil érale a Isabel de Tudor soportar durante largos años el desasosiego que el trágico fin de su prima María Estuardo le produjo y ardua fue la tarea que se le impuso al tener que sobrellevar todos los

contratiempos que como consecuencia de su actitud hacia la Reina de Escocia sobrevinieronle durante su reinado. A la protesta que con intención de vengar la muerte de María Estuardo formuló Felipe II, Rey de España; que le indujo a dirigir contra Isabel el invicto poder de su «Armada Invencible», tuvo que sumar también las continuas rebeliones que se promovieron en Escocia y que no fueron fáciles de sofocar, ya que las fomentaba un espíritu de justicia que intentaba proseguir los métodos de regencia por los que la fenecida María Estuardo se guió durante su reinado.

El pueblo escocés no perdonó jamás a Isabel su lamentable proceder que costó la vida a la Reina de Escocia y no cesó de demostrar su

descontento y sus deseos de vengar con actitudes heroicas la muerte de su Reina, viéndose entorpecido el curso tranquilo que el reinado de Isabel seguía por constantes revueltas que llegaron a inquietar en extremo a la Reina de Inglaterra.

Obscurecía el reinado de Isabel una sombra que engulase poderosa, comiente de sus derechos adquiridos por su cuna y nacimiento y contra la cual ya nada podía ni intentó Isabel combatir con la dureza y tenacidad que le impulsaron a anular por completo a la que, por ser legítima heredera de su Trono, consideró como un adversario ante el cual estuvo siempre, no solamente en guardia, sino dispuesta a atacarle al primer descuido. Y lo que más dolía a Isabel era que forzada se vería a reconocer como legítimo heredero y sucesor del Trono de Inglaterra al hijo de María Estuardo, sobre el que ya recaía el peso de la corona de Escocia.

Muchas fueron las ocasiones en que Isabel recordó con angustioso estremecimiento las últimas palabras que estochó en labios de su prima. Aquellas palabras que quedaron grabadas en su mente y heríanle en lo más profundo de su ser, por cuanto semejaban ser fiel reflejo de una verdad irrefutable. Momentos hubo en que le parecía percibir de nue-

vo la voz aun dominante y segura de María Estuardo que dejase oír mientras ella abandonaba presurosa aquel aposento, desde entonces histórico, que como un avaro poseedor de los últimos y sublimes sentimientos de un alma torturada, conservábalos aún flotando en el espacio, y parecía a Isabel como si un aumor lejano, imperceptible tan sólo para ella, le enviase continuamente el eco de estas palabras: «La victoria es mía. Mi hijo reinara en Inglaterra».

Y así tuvo que reconocerlo finalmente Isabel de Tudor. A su muerte, en 1603, quedó extinguida la raza de los Tudor y siguió imponiendo en Escocia e Inglaterra el nombre de los Estuardo, ostentado por el soberano absoluto de las dos poderosas islas.

El hijo de María Estuardo, proclamado primero a raíz de la abdicación forzosa de la Reina María, Jacobo II de Escocia, y más tarde Jacobo I de Inglaterra, fue uno de los soberanos que mejor supo comprender el genuino sentir del pueblo escocés y del pueblo inglés, que, aunque hermanos de sangre y de historia, tan distanciados se hallaron siempre.

Fue Jacobo I de Inglaterra uno de los más eminentes teólogos de su época y adquirió de su madre María Estuardo los nobles sentimientos y la energía gobernada por la dulzu-

rá, que fué en ella uno de sus mejores aliados mientras se mantuvo en el poder y que a Jacobo I de Inglaterra le valió el aprecio y el respeto de sus súbditos. La elevada cultura y esmerada instrucción que enaltecían la figura del hijo de María Estuardo, mereciéndole el sobrenombre por el que era reconocido en Europa entera de Salomón de Inglaterra.

Desde el feliz y austero reinado de Jacobo I, el justo y poderoso soberano encaminó todos sus esfuerzos, todas sus armas influyentes y

su talentosa inspiración, a conseguir la realización del más sagrado deber que su noble sentimiento obligábase a cumplir, y con sus sabias acciones y convincente oratoria glorificó y exaltó la memoria de la Augusta Majestad de su regia Madre, demostrando así que no fué vana ilusión la de María Estuardo cuando en angustiosos momentos de tortura espiritual, pensó que el hijo bien amado conseguiría para ella la exaltación de su memoria, que ha quedado imperecedera en las páginas de la Historia.

FIN

Los artistas célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

Sigamos la Nota	C. Rogers
Ritmo loco	F. Astaire
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá en casa	Lil Dagover
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Agüesta de amor	Gena Raymont
Yusito de Arsenio Lupia	Warren William
Ería de hombre	Mickey Rooney
Héctor Fioramano	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazari
Una pareja invisible	C. Bennet
La mujer sin alma	C. Stern
El domo verde	John Boles
Damas del teatro	Daniela Darrieux
Detective y compañeros	Kath. Hepburn
Señorita en desgracia	Zasu Pitts
Defensores del crimen	Fred Astaire
Aventura Pompadour	Richard Dix
El poder invisible	Kate de Nagl
Melodía roja	Boris Karloff
Tiranos del mar	Willy Birgel
Capido sin memoria	Victor McLaglen
María Ross	Ann Sothern
Fiesta Jamaica	Paula Wessely
El caso Vase	Charles Laughton
Quimera de Hollywood	Clive Brook
Los tres vagabundos	Joan Fontaine
	Heinz Rühman

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL 2 ptas.

La última falla	Miguel Ligero
La reina mora	María Arias
Reconciliación madrileña	P. C. Volázquez
María de la O	Carmen Arias
¡No quiero! ¡No quieto!	José Baviera
La canción de Aixa	I. Argentina
Éran tres hermanos	Luisita Gargallo
Behemios	Emilia Aliaga
Moleda de arbol	I. Argentina
Don Floripondio	C. Gardel
En busca de una canción	Valeriano León
Los Niños de la noche	Luchy Soto
Leyenda roja	Miguel Ligero
Martingala	Juan de Orduña
Rapto en un hotel	Niño Marchena
Un día tiene ojos de mo- jer fatal	Celia Gámez
Tierras y cielo	M. de Sentmenat
Al-Abi	Maruchi Fresno
	Inés de Val

¿Quién me compra un tes?	Maruja Tomás
Alas de caz	Luis de Valois

SERIE ALFA 2'50 Ptas.

Sabú, Toomay de las estrellas	Sabú
Tu cambiatas de vida	M. Radgrave
Carmen, la de Triana	I. Argentina
El sobre lacrado	L. Gorgallo
La Dolores	Rosita Díez
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligero
Clarín del Montañal Los de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lino Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligero
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Las dos niñas de París	C. Barghco
Molinos de viento	Pedro Tarril
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última cruzada	Cary Grant
Vacaciones just Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Grete Garbo
La alegría de la hércia	Robert Taylor
Mortal suggestion	Fiora Santacruz
Una chica insoportable	Ann Harding
Bajo manto de la noche	Danielle Darrieux
Alarma en el expreso	Edmund Lowe
Crimen de medianoche	M. Radgrave
El barbero de Sevilla	Ramón Pereda
Los dos pilletes	Miguel Ligero
Pygmalion	Jacquas Tarril
Sol de Valencia	Leslie Howard
María Estuardo	Maruja Gómez
	K. Hepburn

SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligero
La Perala	Maruja Tomás
La Penitencia	Juan Montfort
Verbova	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina
Noche de engaño	Aradeo Nazari
Cautivo del desierto	Leslie Howard

BIOGRAFIAS DEL CINEMA 1'25 ptas.

Imperio Argentina	Miguel Ligero
Estrellitas Caeles	Melvin Douglas
Alfredo Mayo	Antonio Vico
Manuel Luna	

EDICIONES A.

EDITORIAL «ALAS».

Apartado 707.

BARCELONA

CANCIONERO

CANCIONERO - corriente

Precio: 50 ets.

MERCEDITAS LLOPRIU
LUIS MANDARINO (Tangos)
RODRI MUB (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «RAFFLES»
CONCHITA PIQUER (Agotado)
NISA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Aix)
JUANITO VALDERRAMA

EL AMERICANG
ROSA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDEL
NISO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO
JUANITO MONTOYA
CAMILIN

Números extraordinarios

Precio: 75 ets.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA AN-
DALUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ
(Agotado)

Precio: 1 pta.

EXITOS DEL JAZZ (Agotado)
RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA. CARLOS
GARDEL
MELODIAS DE MODA
CANTE FLAMENCO (Agotado)
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
(Agotado)
MUSA CUBANA «MACHIN» (Ago-
tado)

EXITOS DEL MOMENTÓ «JAZZ»
(Agotado)
JAZZ-HOT «TRUDI BORA» (Ago-
tado)
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su
Orquesta (Agotado)
JAZZ-HOT Luis Doque y su Orques-
ta (Agotado)
JAIME PLANAS y sus discos vi-
vientes.

Precio: 1'25 pta.

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
R. GASTON y su ORQUESTA de
JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-
HOT
CONCHITA PIQUER

TRUDI BORA JAZZ-HOT
LUIS AMAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO. JAZZ-HOT
CANALEJAS
TEJADA Y SU ORQUESTA. JAZZ

Precio: 1'50 pta.

PEPE PINTO
ADOLFO ARACO. JAZZ-HOT
MERCEDIS VECINO. CINE-JAZZ

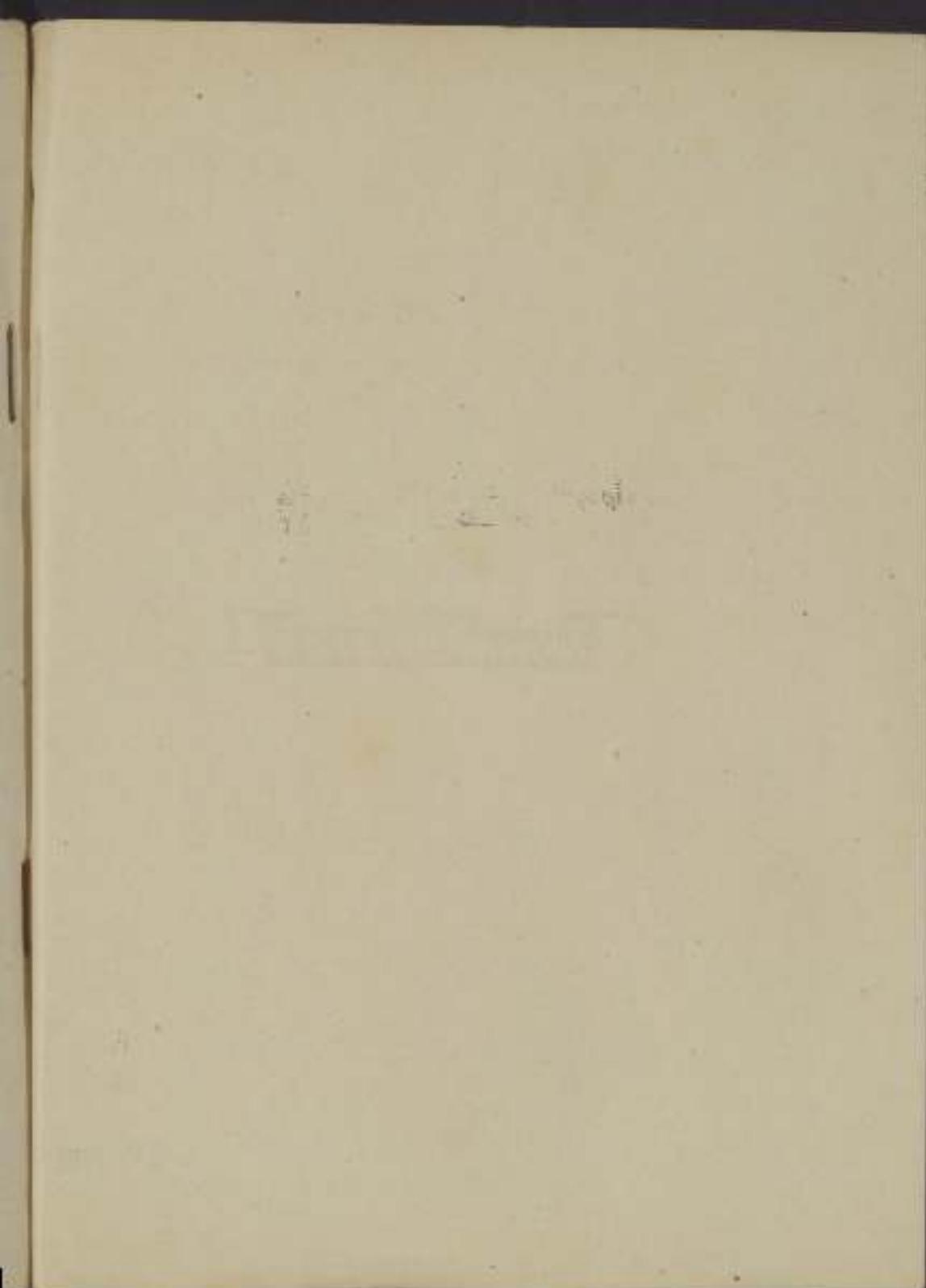
EXITOS DE LA RADIO
GALATEA Y LUCES DE VIENA
JULIO GALINDO. JAZZ-HOT

Pedidos a

Editorial ALAS

Buenafuente 707

BARCELONA



Editorial APas

2⁵⁰ ptas.